

Job. Uspysyn
¡Proletarios de todos los países, uníos!



ARCHIVO

INTERNACIONAL COMUNISTA

REVISTA MENSUAL
ORGANO DEL C. E. DE LA
INTERNACIONAL COMUNISTA

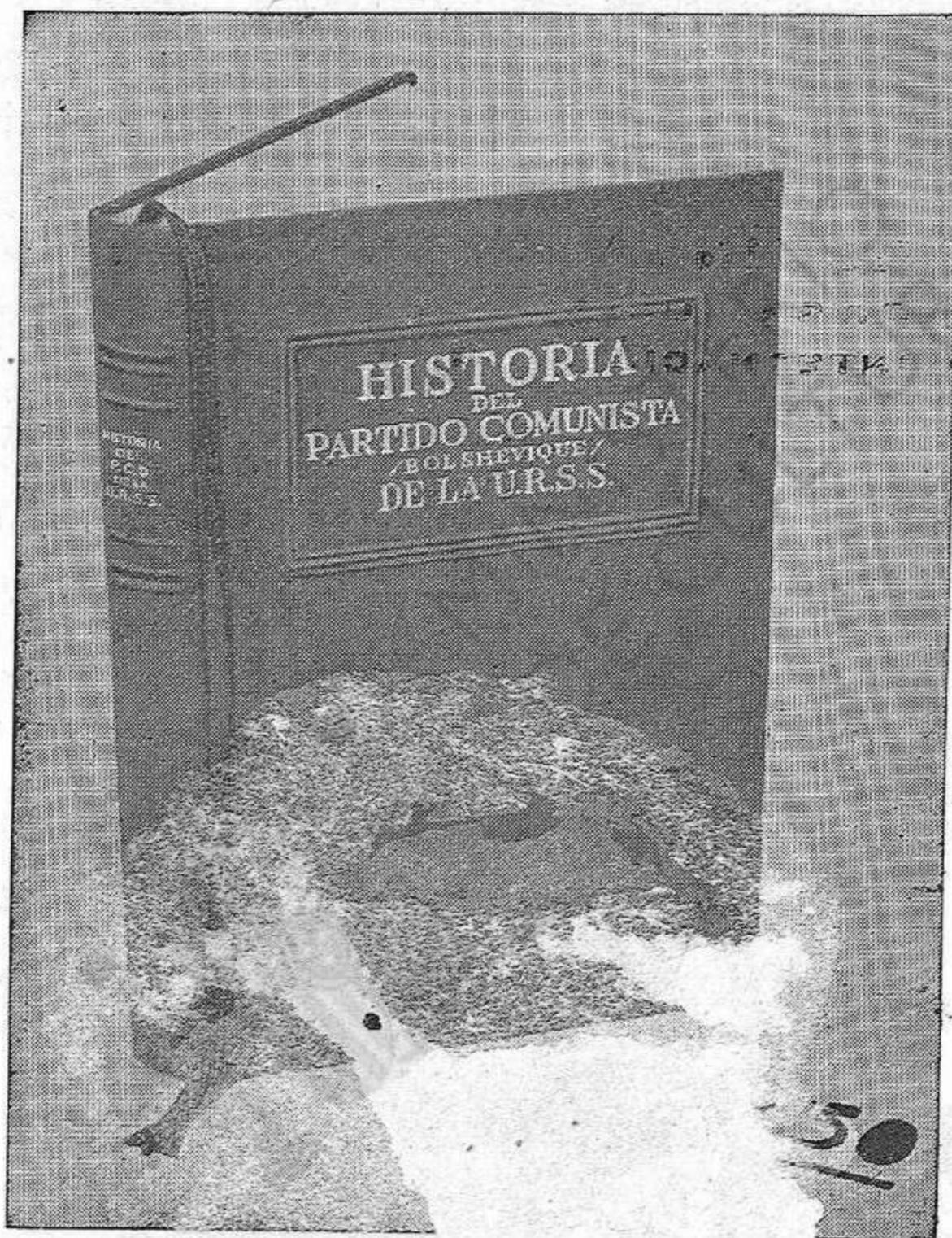
EN ESTE NUMERO:

**SEIS MESES DE
GUERRA IMPERIALISTA**

**LOS TRAIADORES
EN LA PICOTA**

MAURICE THOREZ

EL LIBRO MAS IMPORTANTE DE LOS ULTIMOS TIEMPOS



Una Obra Teóricamente fundamental

DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS:

EDITORIAL POPULAR

APARTADO 2352

MEXICO, D. F.

¡PROLETARIOS DE TODOS LOS PAISES, UNIOS!

LA INTERNACIONAL COMUNISTA

Organo del Comité Ejecutivo de la
Internacional Comunista

Aparece en español, ruso, alemán, inglés, francés y chino

Año VIII

Mayo, 1940

No. 5.

SUMARIO

EDITORIAL

Página

Seis meses de guerra imperialista 3

CUESTIONES TEORICAS Y PRACTICAS

DEL MOVIMIENTO OBRERO

PETER WIEDEN: La Lucha por la Paz 18

MAURICE THOREZ: Los Traidores en la Picota 31

JOSE DIAZ: Las Lecciones de la Guerra del Pueblo Español 40

V. KOPECKY: La Política de Guerra del Vaticano 57

K. FUNK: Observaciones Sobre un Número de "Neuer Vorwärts" ... 67

D.I.A.P. DISTRIBUIDORA IBERO-AMERICANA DE PUBLICACIONES

Moneda 702. - Casilla 13.201 Santiago - Chile

	U. S. \$
PEQUEÑA BIBLIOTECA TEORICA	
Marx-Engels: Manifiesto Comunista.	0,05
F. Engels: Socialismo utópico y socialismo científico. ...	0,05
V. I. Lenin: Las fuentes históricas del marxismo.	0,05
V. I. Lenin: La religión y el materialismo histórico. ...	0,07
J. Stalin: Los fundamentos del leninismo.	0,15
DOCUMENTOS POLITICOS	
Jorge Dimitroff: Problemas del Frente Unico y del Frente Popular.—Artículos y discursos (254 págs.) ...	0,50
Jorge Dimitroff: La guerra y la clase obrera. ...	0,05
C. Contreras Labarca: La conspiración de los enemigos del pueblo (Conferencia en S. de Chile, en Febrero) ...	0,06
André Marty: Carta abierta al Sr. León Blum. ...	0,04
POLITICA INTERNACIONAL	
Finlandia y la lucha por su emancipación. (Datos geográficos, económicos y políticos. Declaración del Gobierno Kuusinen. Pacto con la URSS) ...	0,07
POLITICA AMERICANA.—Chile	
XI Congreso Nacional del P. C. de Chile: Informe general. Informes y resoluciones sobre parlamentarios y regidores	0,10
Estatutos del P. Comunista de Chile.	0,07
	0,05
Perú	
B. Martínez de la Torre: El proletariado en las elecciones de 1939.	0,12
LA GUERRA IMPERIALISTA	
Profesor I. Mints: Guerras justas e injustas y Análisis de los Tratados.	0,06
E. Fischer: La verdad sobre la actual guerra imperialista. ...	0,07
COLECCION JUVENTUD	
J. Stalin: Stalin habla a la juventud. ...	0,06
Cancionero de la unidad.—Cantos de la vieja guardia y de la juventud.	0,02
REVISTAS	
Principios: Organo del C. E. del P. C. de Chile (Mensual)	
Número suelto (Unas 60 páginas).	0,10
Suscripción semestral.	0,60
Suscripción anual.	1,00

Los pedidos, acompañados de su importe. En los que importen más de 5 dólares, hacemos el 30% de descuento.

Seis Meses de Guerra Imperialista

Han transcurrido seis meses desde el comienzo de la segunda guerra imperialista en Europa. Las actividades militares, sin embargo, no han empezado realmente todavía. Todo está quieto aún en el Frente Occidental, donde las principales fuerzas armadas de los Estados beligerantes están cara a cara. Hasta el presente no han sido intentadas operaciones militares de trascendencia, por tierra o por aire. La guerra naval se está emprendiendo principalmente con el propósito de aniquilar el comercio y el transporte de armas, de materias primas y de hombres.

Mientras la situación permanece invariable en el frente, la guerra desde el mismo comienzo se ha hecho sentir fuertemente en la retaguardia. Tanto en los países beligerantes, como en los no beligerantes, los efectos social-económicos de la guerra, la extensa dislocación económica causada por ella, están completamente en evidencia.

El cuadro al presente es exactamente el reverso de lo que era al principio de la guerra imperialista de 1914-18. En 1914 las hostilidades en gran escala se iniciaron en los mismos primeros días que siguieron a la declaración de guerra. Los efectos social-económicos de ésta, sin embargo, se pusieron de manifiesto mucho más tarde.

El curso específico que la presente guerra imperialista ha tomado no es fortuito. Las condiciones del mundo capitalista son hoy diferentes de como eran cuando el capitalismo se precipitó a la guerra imperialista de 1914-18. En ese entonces, también, el capitalismo era monopolista, estaba en el estadio del imperialismo, es decir, en la etapa de su decaimiento y declinación. Pero en ese tiempo representaba todavía un **sistema mundial** integral, un sistema que regía en todos los continentes de la tierra, todavía alardeaba de alguna "estabilidad", de cierto "equilibrio", y la burguesía tenía confianza todavía en sí misma y en sus propias fuerzas.

La primera guerra imperialista trajo la crisis general del capitalismo. En los veinticinco años que separan el principio de la primera guerra imperialista mundial del principio de la segunda guerra imperialista en Europa, la crisis general del capitalismo se ha agravado hasta un grado extraordinario.

La victoria de la gran Revolución Socialista de Octubre en la U.R.S.S. y la edificación del socialismo en la sexta parte del mundo significan que ya no existe un sistema mundial único del capitalismo, que ya no existe "un sistema solo y global de economía mundial" (José Stalin, **Leninismo**. Vol. II, pág. 254, International Publishers, New York), sino dos sistemas rivales: el sistema socialista próspero y el declinante sistema capitalista que se ha corrompido hasta sus raíces.

Los países capitalistas se lanzaron a la segunda guerra imperialista en una época en que el capitalismo no se había recobrado todavía de los estragos de la crisis económica mundial de 1929-33, —la crisis más aguda y devastadora en la historia del capitalismo—, y en que las nubes de tempestad de una nueva crisis económica mundial se amontonaban en el horizonte. Así, el capitalismo no estaba tan floreciente y bien provisto cuando se embarcó en la presente guerra como lo estaba para la guerra imperialista anterior.

La víspera de la presente conflagración estuvo anunciada por un número de guerras en Europa, África y Asia. Pero estas guerras no tenían semejanza con las que precedieron a la primera guerra imperialista mundial. Eran guerras de liberación nacional y nacional-revolucionarias, que sacudieron todo el mundo capitalista y que, durante varios años agruparon a grandes masas de obreros y de otros trabajadores en todos los países capitalistas contra la reacción mundial. La guerra nacional-revolucionaria del pueblo español duró más de dos años y medio. La gran guerra de liberación nacional de los cuatrocientos cincuenta millones de chinos contra la invasión japonesa de su país, pasaba de dos años cuando la burguesía desencadenó la presente guerra en Europa. Estas guerras fueron y son factores para elevar a un nivel más alto la conciencia y la organización de los millones de gentes que toman parte en ellas. Sirven de ejemplo a los pueblos y a las naciones oprimidas por los imperialistas, y de inspiración en su lucha contra sus opresores. Los pueblos que toman las armas para repeler los ataques de los imperialistas ya no son carne de cañón, que es lo que son en una guerra entre potencias imperialistas. En la guerra nacional-revolucionaria del pueblo español, la clase obrera jugó el papel de líder, aunque no todavía en toda su extensión. La alianza de la clase obrera y del campesinado había sido establecida bajo la dirección de la primera.

En China, veintenas de millones de trabajadores, —obreros, campesinos e intelectuales—, están unidos en el frente nacional común contra los invasores japoneses, contra el imperialismo. En el curso de esta guerra las masas vejadas y oprimidas se están incorporando a una vida política activa. En el fuego de esta lucha contra los invasores extranjeros las masas que han despertado a una nueva vida se están uniendo en legiones de hierro de luchadores intrépidos, reclutados en todos los sectores del pueblo, —hombres, mujeres y jóvenes—, que no se someterán ya a ningún imperialismo. Fué en el fuego de la lucha contra el enemigo que los mejores defensores de sus pueblos, los Partidos Comunistas de España y de China, crecieron y se templaron.

La guerra nacional-revolucionaria en España y la guerra de liberación nacional en China tuvieron y tienen todavía un carácter social fuertemente marcado y han tenido efectos sociales y políticos de gran alcance. Sirvieron para retardar el desencadenamiento de la

gran guerra imperialista en Europa y obstaculizaron a las potencias imperialistas en sus preparativos para un nuevo reparto del mundo. Las guerras de los Balkanes, por el contrario, que procedieron a la guerra imperialista de 1914-18, no sólo fueron el preludio de esa guerra sino uno de los factores que aceleraron su desencadenamiento.

En una serie de colonias y países dependientes, tales como la India, los países latino-americanos, etc., se desarrolló un extenso movimiento de masas contra los amos imperialistas de esclavos, mucho antes del estallido de la actual guerra; mientras que tal movimiento no existía en la colonias en vísperas ni al principio de la guerra de 1914-18.

Es evidente que en tales condiciones no puede ser posible ninguna "estabilidad" o "equilibrio" del sistema capitalista, ni siquiera con salvedades. No es por lo tanto ningún accidente el que mucho antes de la explosión de la presente guerra, la burguesía estableciera en muchos países la dictadura abierta de los agentes más reaccionarios del capital financiero, y que en otros países se haya aprovechado de la guerra para establecer, desde su mismo comienzo, una dictadura militar con cuya ayuda está aniquilando las organizaciones de clase de los trabajadores, tratando por estos medios de encontrar una salida a la situación en que ha caído.

El sistema capitalista se ha embarcado en la actual guerra con su organismo más profundamente debilitado que en la época de la guerra de 1914-18. Esa es precisamente la razón por la cual, a diferencia de la situación en la época de la guerra anterior, los efectos social-económicos de la presente guerra se han hecho muy fuertemente sensibles desde el primer momento. Dondequiera han sido movilizados inmensos ejércitos. En Francia, por ejemplo, un país con una población de 41.000,00 de habitantes, han sido llamados a filas 5.000,000 de hombres. Gran Bretaña, que está acostumbrada a hacer que otros peleen por ella en sus guerras, tiene ya alrededor de 1.500,000 hombres bajo las armas. En muchos países han sido señalados distritos enteros como zonas de guerra y evacuada su población. Grandes porciones de la población de Londres, de París y de otras grandes ciudades han sido evacuadas. En la mayoría de los países capitalistas la vida económica ha sido o está siendo puesta en pie de guerra. Enormes existencias de materiales bélicos, que hasta ahora no han sido puestos en acción, están siendo acumulados.

El mantenimiento de ejércitos que llegan a millones de hombres, las pensiones, —aunque exiguas—, para las familias de los hombres movilizados, y el costo de las evacuaciones hacen que los presupuestos de guerra alcancen dimensiones sin paralelo. Según datos citados por **Le Temps**, Francia está gastando ya 1,000,000.000 de francos diariamente, aunque las operaciones militares no han comenzado realmente; Gran Bretaña está gastando aproximadamente 6.000,000

de libras esterlinas por día en la guerra. Francia calcula gastar en 1940, en la guerra, una suma que excede a su ingreso nacional total en 60,000.000.000 de francos. El presupuesto de guerra del Japón, de más de 10,000.000,000 de yens para 1940, consumirá la parte del león de su ingreso nacional.

La rápida expansión de las industrias de guerra es seguida por un descenso en la producción total de las industrias que no producen directamente para la guerra. En tanto que las industrias de guerra están experimentando una escasez de obreros expertos, muchos de los cuales han sido movilizados para el servicio activo, el desempleo crece en muchos países. La movilización de los trabajadores del campo y la requisición de los animales de tiro de los campesinos son seguidos de una reducción de las áreas cultivables. En algunos países se ha observado una considerable baja en el número de reses y caballos.

En la mayoría de los llamados países neutrales los efectos devastadores de la guerra en la economía capitalista y en la vida de las masas se sienten tan duramente como en los países beligerantes. En contraste con la primera guerra imperialista mundial, muchos países neutrales han movilizado al mismo o a casi el mismo grado que los países en guerra. Los países neutrales están constantemente frente al peligro de ser arrastrados al torbellino de la guerra. La pequeña Bélgica, con su población de 7.000,000 de habitantes, tiene 560,000 hombres bajo las armas. Sin embargo, el número de desempleados registrado oficialmente se ha duplicado desde el comienzo de la guerra y ahora llega a 260.000, una cifra enorme para tan pequeño país. La situación es similar en Dinamarca y en otros Estados capitalistas "neutrales". La guerra en el mar está causando más daño a la vida económica de estos países que a la de los países beligerantes.

Aunque en el frente las operaciones militares no han empezado realmente todavía, los países beligerantes y muchos no beligerantes están experimentando ya dificultades para la alimentación. Serias dificultades de esta naturaleza están ya plenamente en evidencia, aun en Francia e Inglaterra, donde durante la guerra de 1914-18 la reducción de los alimentos se sintió primero sólo en el segundo y tercer año de guerra. En Francia el gobierno ha ordenado tres días a la semana sin comer carne, en Inglaterra dos días. Hay una reducción de azúcar, café y otras necesidades de la vida. El racionamiento ha sido introducido ya en Gran Bretaña y Francia, y hasta en algunos de los países que no están en guerra, como en Italia, por ejemplo.

Mientras en los países capitalistas de Europa se observa una reducción de las necesidades vitales, otros países, como por ejemplo, algunos de la América Latina y parcialmente los Estados Unidos, están atravesando una crisis agrícola. Esto hay que explicarlo por el hecho de que hoy, —y esto también en contraste con la guerra de 1914-18—, los materiales bélicos que están siendo comprados en los

Estados Unidos deben ser pagados al contado. Es por eso por lo que el oro y el dinero no pueden ser ahorrados para la compra de alimentos. Por otra parte, la guerra naval, que ha sido encarnizada, desde el mismo comienzo de la guerra, está acabando con el comercio exterior y haciendo aún más precarias las comunicaciones por mar.

Además de la reducción de las necesidades vitales, muchos países capitalistas están experimentando una escasez de combustible, carbón y electricidad. Hay dificultades de carbón hasta en Inglaterra, que normalmente exportaba más carbón que cualquier otro país. En el Japón miles de fábricas se vieron obligadas a cerrar debido a la escasez de electricidad, al punto de que en muchas industrias la producción total tuvo que ser considerablemente reducida. Los precios de los víveres y artículos de consumo están subiendo mucho más rápidamente que durante la primera guerra imperialista. Las monedas han empezado ya a depreciarse, siendo la libra esterlina inglesa una de las primeras en sufrir la depresión.

De este modo el efecto de la guerra ha sido desorganizar más todo el sistema económico del capitalismo, hacerlo aun más caótico y agravar sus contradicciones

Pero la guerra imperialista afecta a los países capitalistas aisladamente de diferentes modos. El país que se beneficia más con la guerra es Estados Unidos. La burguesía norteamericana está sacando ventaja de esta guerra en Europa para fortalecer su posición en los países de la América Latina, en el Canadá y en Australia, —a expensas de la Gran Bretaña. En el Lejano Oriente el imperialismo norteamericano está tratando de sacar ventaja del creciente agotamiento del Japón como resultado de la guerra prolongada que el último está sosteniendo en China, y también del hecho de que la Gran Bretaña y Francia están entregadas a la guerra en Europa, para hacer presión sobre el Japón. El imperialismo norteamericano está luchando por arreglar sus diferencias imperialistas con el Japón a expensas del Japón mismo, a expensas de la Gran Bretaña y de Francia, y principalmente a expensas del pueblo chino. La burguesía norteamericana, confiando en su poder económico y financiero, quisiera hacerse el árbitro del Lejano Oriente para consolidar su posición en China.

La burguesía norteamericana está sacando ventaja del presente momento propicio, en que sus competidores están en la guerra, para asegurar los mercados más importantes. Saca oro, dinero y valores de la Gran Bretaña, de Francia, del Canadá y de otros países. Los pedidos para la guerra la ponen en condición de extender ciertas ramas de su industria.

Así es como la guerra sirve para acentuar las contradicciones entre las potencias imperialistas, con el imperialismo yankee tomando cada día una participación más activa, y sus rivales, —la amistosa Inglaterra en primer lugar—, siendo desalojados de sus posiciones.

La burguesía británica, por su lado, se esfuerza en descargar el peso de las pérdidas sufridas como resultado de la guerra, —las cuales no pueden ser compensadas completamente con la explotación intensificada de sus esclavos coloniales y de los trabajadores ingleses—, sobre los hombros de su aliada, Francia, y de los Estados neutrales débiles

La burguesía británica no sólo quiere que se derrame por ella en esta guerra la sangre de otros sino que también quiere que le costeen la guerra que están llevando a cabo. La Gran Bretaña ha sido obligada a movilizar un ejército considerablemente grande. Pero aunque su población (sin tomar en cuenta las colonias) excede a la de Francia en 6.000,000, tan sólo ha llamado a filas un tercio del número de hombres que ha sido movilizado por el ejército francés. La Gran Bretaña no mantiene sino una pequeña parte de sus fuerzas armadas en suelo francés. Los soldados del ejército expedicionario británico en Francia reciben 30 francos al día, mientras que los soldados franceses se deben contentar con una asignación de 75 céntimos en la retaguarda y 4 francos en el frente. Aunque la Gran Bretaña gasta aproximadamente lo mismo que Francia en esta guerra, su posición es también claramente más ventajosa que la de Francia en este respecto; pues en primer lugar Inglaterra dispone de mayores recursos materiales y además tiene un imperio colonial más grande que el de Francia, el cual está defendiendo en esta guerra. Por otra parte, la Gran Bretaña está haciendo uso de su arbitrario control de los mares con el propósito de ejercer presión sobre los Estados capitalistas débiles a fin de dominarlos económicamente y costear la guerra parcialmente a expensas de ellos.

La guerra actual no es todavía una guerra mundial en toda la extensión de la palabra, pero está delatando claramente la tendencia a convertirse en una conflagración mundial.

Si la burguesía se ha refrenado hasta ahora en convertir la actual guerra en una sangrienta carnicería, como fué el caso en 1914, no ha sido porque se halle impulsada por sentimientos o consideraciones humanitarias. Sería también erróneo llegar a la conclusión de que también en el futuro la guerra se va a desarrollar en la misma forma que en los primeros seis meses. Por el contrario, existen muchas razones para suponer que el imperialismo franco-británico hará todo lo posible para dirigir la guerra que ellos han desatado en direcciones diferentes.

* * *

¿Qué es lo que ha impedido hasta ahora las operaciones militares en mayor escala? Los imperialistas franco-británicos, que declararon la guerra a Alemania, viendo frustrados sus planes originales para la guerra por la activa política de paz de la Unión Soviética, se han visto obligados a trazar nuevos planes y a buscar nuevos senderos para el desenvolvimiento de la guerra. El viejo plan de los impe-

rialistas franco-británicos consistía en influenciar a Alemania, por medio de la traición a las pequeñas potencias, para que emprendiera una guerra contra la Unión Soviética. Pero ese plan fracasó aún antes de que estallara la guerra actual. Entonces trataron de provocar la guerra entre la Unión Soviética y Alemania por otros medios; alimentaron las esperanzas de envolver a la Unión Soviética en una guerra con Alemania simulando la formación de un bloque de la U. R. S. S., la Gran Bretaña y Francia contra la agresión. Su plan consistía en dejar que la Unión Soviética y Alemania se enredaran en una lucha, mientras que ellos se reservaban el papel de "árbitros". Este pérfido plan se hizo añicos con la firma del pacto germano-soviético de no agresión y del pacto fronterizo y de amistad.

Mientras tanto los mercaderes de la guerra procedían a incubir otro plan. Esta vez era Finlandia la que debía servir como base de operaciones contra la Unión Soviética. Toda su inmensa maquinaria de propaganda y todas sus enormes fábricas de mentiras y calumnias fueron puestas en movimiento con este objeto. Desencadenaron a sus fieles sabuesos, los líderes social-demócratas. Como el ladrón que grita "¡Detengan al ladrón!", los imperialistas anglo-franceses y sus lacayos social-imperialistas en el campo de la Segunda Internacional, vociferaron acerca de la pretendida amenaza soviética a la independencia de Finlandia, así como a la de Suecia y Noruega.

Los imperialistas británicos y franceses proporcionaron armas a Finlandia y le prometieron toda clase de ayuda, inclusive contingentes de sus propias tropas. Fueron particularmente pródigos en sus promesas de ayuda a Finlandia por parte de los Estados capitalistas neutrales. Los mercaderes de la guerra mantuvieron la esperanza de que "la cuestión finlandesa" conduciría a un conflicto entre Alemania y la Unión Soviética, o de que podría servirles como conveniente pretexto para extender el teatro de la guerra y colocarlos en posibilidad de arrastrar a la guerra a la Unión Soviética. Pero Alemania se rehusó a caer en la trampa armada por Londres y París.

Cuando se hizo evidente que "el plan finlandés" de los imperialistas anglo-franceses estaba condenado al fracaso, los gobiernos de Suecia y Noruega se negaron definitivamente a someterse a la presión de los mercaderes de guerra y reiteraron sus declaraciones previas en el sentido de que mantendrían una actitud de neutralidad con respecto a los sucesos de Finlandia.

En el curso de tres meses aproximadamente el glorioso Ejército Rojo demolió la línea poderosamente fortificada del Istmo de Carelia, que los expertos militares de la burguesía habían declarado inexpugnable. Al destrozar estas fortificaciones el Ejército Rojo de Obreros y Campesinos de la tierra del Socialismo, espléndidamente armado y equipado y con sus filas formadas por cuadros de acero stalinista, por comandantes y comisarios políticos imbuídos del espíritu del patriotismo soviético que todo lo conquista, ha despeda-

zado, por último, los planes de los imperialistas anglo-franceses en Finlandia.

El tratado de paz firmado por la Unión Soviética y Finlandia el 12 de Marzo de 1940, decidió la suerte de este plan para provocar una guerra contra la Unión Soviética. Descargó un golpe fulminante a los designios estratégicos de los mercaderes de guerra, que estaban basados en la "tradicional" política de sacar con mano ajena las castañas del fuego.

Los sucesivos fracasos de sus planes han obligado a los imperialistas anglo-franceses a mantenerse "reorientándose" en un esfuerzo para encontrar nuevas vías para la realización de sus viejos designios. Esta es una de las razones que nos explican por qué han sido tan lentos en lanzar operaciones militares en gran escala. Otra razón la encontramos en el hecho de que la Unión Soviética, que mantiene una actitud de genuina neutralidad ante la guerra imperialista en Europa, ha venido aumentando rápidamente su influencia en los asuntos internacionales. El miedo experimentado por los imperialistas ingleses y franceses a causa de esta creciente influencia de la Unión Soviética sobre el curso de los asuntos internacionales, así como el miedo al prestigio creciente de la tierra del Socialismo entre la población trabajadora de los países capitalistas, y de su resistencia en aumento a la guerra imperialista, también son factores que han retardado el desencadenamiento de las hostilidades en gran escala en el frente occidental.

Así es que, si la burguesía imperialista se ha refrenado en emprender la matanza de cientos de miles en los campos de batalla, el pueblo trabajador debe esto en primer lugar al gran Estado Socialista, que ha frustrado y está frustrando los planes de los provocadores de la guerra y que, por su existencia misma y por su activa política de paz, representa el más formidable obstáculo para el desencadenamiento de la guerra imperialista.

Los imperialistas ingleses y franceses basan sus planes en tres factores que los capacitarán, así esperan ellos, para ganar la actual guerra y alcanzar sus objetivos. El primer factor es la derrota de Alemania en el campo de batalla; el segundo consiste en los efectos del bloqueo; y el tercero es la creciente oposición dentro de Alemania, que deberá contribuir a la realización de sus planes militares.

Pero ellos están conscientes de que en el aspecto militar Alemania es más fuerte que Inglaterra y Francia, Alemania no tiene sino un solo frente, y este frente es más bien corto, —350 kilómetros—, y bien fortificado. Los efectos del bloqueo sobre Alemania no son ni remotamente tan serios como lo fueron en 1914-18. Alemania se encuentra actualmente en posibilidad de obtener materias primas y abastecimiento de alimentos en los países del Danubio, en los Balkanes y en Escandinavia. El tratado comercial concluido en-

tre Alemania y la U. R. S. S., hace que el bloqueo británico resulte todavía menos efectivo.

Ni tampoco pueden la Gran Bretaña y Francia tener esperanzas de encontrar mucho apoyo a su política dentro de la misma Alemania. La clase trabajadora de Alemania tiene sus propios intereses de clase, que son absolutamente diferentes de los intereses de la burguesía inglesa y francesa. ¿Qué podría ganar el pueblo alemán si la Gran Bretaña y Francia obtuvieran éxito en sus propósitos guerreros? ¿Qué razón existe para que el pueblo trabajador de Alemania apoye la política del imperialismo anglo-francés? ¿Es en la fabricación de un nuevo "super-Versalles" y en la división de Alemania en dos Estados mutuamente hostiles, en lo que sueñan los "gentlemen" del Partido Laborista y sus dueños imperialistas? ¿Es a fin de hacer una segunda edición de la paz westphaliana de 1648, por medio de la cual Alemania sería despedazada en más de trescientos pequeños Estados, tal como lo proponen De Kerillis en Francia y otros políticos? ¿Será tal vez en nombre de la "libertad" y de la "democracia", que tan vertiginosamente están destruyendo en sus propios países, que los lores ingleses y los banqueros parisinos formulan promesas al pueblo alemán? ¿O quizás pensando en la opresión brutal, la violencia y la tramposa legalidad a que recurren en la India y en África a fin de aplastar la lucha que los pueblos de estas tierras están librando en favor de su independencia y su libertad?

Las esperanzas que tenían en una rápida victoria militar, o en los efectos del bloqueo, o en la ayuda que se le prestaría dentro de Alemania a la política del imperialismo anglo-francés, han probado haber sido construídas sobre arena. Los traficantes de la guerra anglo-franceses están por lo tanto esforzándose en extender el teatro de la guerra para asegurar sus objetivos por medio de la conversión de la actual contienda en una verdadera conflagración mundial. Los traficantes de la guerra cifran sus esperanzas en la creación de nuevos frentes. Están tratando de erigir nuevas barreras contra Alemania, de esparcir siempre la conflagración a otros países, y de suprimirle a Alemania las fuentes de abastecimiento de materias primas y alimentos. Están ejerciendo toda clase de esfuerzos por desviar la guerra hacia las regiones apartadas, por conducirla tan lejos como sea posible con las manos de los pueblos coloniales atrasados y de los pueblos de los países dependientes. Por último, no han abandonado las esperanzas, a pesar de todos los reveses de sus planes anteriores, de volver el filo de la actual guerra en contra de la Unión Soviética.

Los traficantes de la guerra en el campo anglo-francés también trabajan febrilmente por extender la conflagración al Sur y al Suroeste de Europa. Los imperialistas británicos y franceses no dejan piedra sobre piedra en sus esfuerzos por convertir la llamada Entente

Balkánica en un bloque de guerra y en atraer a este bloque a todos los países balcánicos y danubianos.

En el Cercano Oriente, en Siria, Egipto y otros países, los imperialistas ingleses y franceses están formando un gran ejército que han puesto bajo las órdenes del general francés Weigand, quien es conocido entre otras cosas por ser uno de los líderes de los **cagouards**. Este ejército está siendo reclutado principalmente a expensas de los pueblos coloniales. Con Turquía ya preparada, los incendiarios de la guerra están haciendo toda clase de esfuerzos en el Cercano Oriente para arrastrar a ella al Iraq, Irán, Afganistán y Arabia.

El propósito de estos planes de los imperialistas anglo-franceses es el de preparar un ataque sobre Alemania desde el Sur, a través de los Balkanes. Pero al mismo tiempo alientan el designio de utilizar este ejército bajo circunstancias favorables, contra la Unión Soviética. Como dicen las palabras de Stalin: "...Cada vez que las contradicciones capitalistas comienzan a agudizarse, la burguesía dirige sus miradas hacia la Unión Soviética como diciendo: "¿Es que no podemos solucionar esta o aquella contradicción del capitalismo, o todas las contradicciones juntas, a expensas de la U. R. S. S.?" (**Leninismo**, Vol. II, pág. 260.)

Los imperialistas ingleses y franceses hacen esfuerzos por arrastrar a la guerra a todos los países capitalistas que por ahora no están directamente envueltos en ella. Esta es la razón de las frecuentes declaraciones de la prensa francesa acerca de la necesidad de "una ocupación preventiva" de Bélgica por las fuerzas armadas de Francia. Esto también explica las amenazas de Churchill dirigidas a los Estados capitalistas neutrales.

Los mercaderes de la guerra también trabajan asiduamente por arrastrar a los Estados Unidos a la guerra. Los imperialistas de Inglaterra y Francia están evidentemente insatisfechos por la posición de los Estados Unidos que hasta el momento se ha limitado a levantar el embargo sobre la exportación de armamentos. Desean ver a los Estados Unidos tomar posiciones de su lado como país aliado, pues de otra manera no pueden esperar obtener la victoria en esta guerra.

En el Lejano Oriente están tratando por el momento de llegar a un entendimiento con el Japón a costa del pueblo chino, procurando posponer el arreglo de sus diferencias con el imperialismo japonés hasta que llegue un momento más propicio y mientras tanto distraer al Japón de sus designios con respecto a las concesiones británicas y la Indochina francesa. Es por esto por lo que animan a los capituladores en la China y ejercen presión para forzar a la China a firmar una "paz" que les ofrecería oportunidades para extender la guerra mundial.

Enredada en sus contradicciones imperialistas y agobiada por

enormes dificultades, la burguesía está utilizando su dictadura de guerra para oprimir a las masas trabajadoras.

Al comienzo de la primera guerra mundial, en 1914, la burguesía y los social-chauvinistas consiguieron despertar cierto entusiasmo entre las masas por medio de sus consignas falaces. Hoy día la situación es diferente. Las masas no están demostrando ningún entusiasmo por la guerra imperialista; sienten una profunda desconfianza por las consignas oficiales de la burguesía imperialista y escepticismo con respecto a las promesas de los imperialistas y sus agentes.

Las masas ya no creen que ésta sea una guerra "para terminar con las guerras". Y sólo los sectores más atrasados de los trabajadores pueden ser engañados por la mentira esparcida por la burguesía anglo-francesa y los líderes traidores de la social-democracia que dicen que ésta es una guerra "contra el fascismo".

La burguesía y sus agentes no tienen perspectivas que mostrar a las masas con respecto al resultado de la difícil situación actual. El Arzobispo de Canterbury, que da su completo apoyo a los planes guerreros de la burguesía británica, recientemente dió rienda suelta en la prensa a las más amargas quejas porque era muy frecuente oír decir a las gentes que ellos sabían contra quién estaban peleando, pero que no sabían para qué peleaban. Ni la burguesía ni sus agentes social-demócratas pueden explicar a la población trabajadora por qué se espera que acepten sufrimientos intolerables y privaciones, en nombre de qué causa se les pide que derramen su sangre y que den sus vidas.

En la primera guerra mundial la burguesía rebajó lentamente, gradualmente, las condiciones de vida de los trabajadores. En la actual guerra comenzó por imponer una reducción drástica del nivel de vida de los trabajadores en un esfuerzo por cubrir los gastos de la guerra valiéndose de una explotación enormemente intensificada, aumento de las horas de trabajo, reducción del salario real y el empleo en masa del trabajo mal pagado de las mujeres y los niños. Esta ofensiva en contra del nivel de vida del pueblo se está desarrollando no sólo en los países beligerantes sino también en los países capitalistas neutrales, y no sólo en Europa, sino también en América y otras partes del mundo.

En muchos países capitalistas se imponen fuertes impuestos sobre los salarios. Los economistas burgueses del tipo de Keynes en Inglaterra, representando los intereses de los banqueros de la City, han elaborado una nueva "teoría" acerca de los métodos de financiamiento de la guerra, que consiste en hacer que una parte considerable de los salarios de los trabajadores cubra los gastos de guerra. Esta "teoría" está siendo de hecho puesta ya en práctica en Francia. El traidor Blum está "previniendo" a los obreros contra las demandas de aumento de salarios o la reducción de la

semana de trabajo que actualmente es de 60 a 72 horas, porque según dice él, eso conduciría a una división entre obreros y campesinos y, lo que es más todavía, a una división entre el frente y la retaguardia. El cómplice de Blum, Jouhaux, está lleno de indignación porque los obreros británicos demandan y obtienen aumentos en sus salarios. Teme que esto sea un mal ejemplo para los obreros de Francia y que pueda traer consecuencias indeseables para la burguesía.

Viéndose arrinconada, la burguesía está desatando una furiosa ofensiva contra los trabajadores, robándoles sus más elementales derechos, reduciéndolos al nivel de siervos a quienes no se les permite cambiar sus lugares de trabajo, sofocando todas las luchas en el campo económico y liquidando los últimos restos de libertades democráticas.

Durante la guerra de 1914-18 se conservó un cierto grado de "democracia" dentro de los países democrático-burgueses, particularmente en los países neutrales. Hoy día la burguesía imperialista está desarrollando su ofensiva contra el pueblo trabajador a un ritmo mucho más acelerado. La burguesía trata ahora de establecer su dictadura terrorista en los países en que, por varias razones, —parcialmente debido al amplio movimiento de masas del Frente Popular—, le fué imposible hacerlo antes de la guerra actual.

Pero mientras que la burguesía está hoy haciendo funcionar hasta su máxima capacidad toda su máquina de coerción contra el pueblo trabajador, este, por su parte, ha estado oponiéndose, resistiendo desde los primeros días a la guerra imperialista, a la política de la reacción y a la ofensiva del capital. Este es también un nuevo rasgo característico de la guerra actual. En un cierto número de países capitalistas, aun los primeros meses de la guerra han estado marcados por un movimiento de los trabajadores comparativamente grande en pro de la concesión de sus demandas inmediatas, un movimiento que encuentra con frecuencia su expresión en las huelgas de masas que estallan contra la voluntad y por encima de las cabezas de los dirigentes sindicales reaccionarios.

Este movimiento de los obreros por sus demandas inmediatas se encuentra acompañado de un creciente descontento de las masas populares hacia la guerra imperialista. Su profunda desconfianza por las consignas fraudulentas de la burguesía encuentran expresión en los movimientos pro paz, por un rápido fin de la guerra. La consigna de la "lucha por la paz" es actualmente la consigna más popular entre los trabajadores. Es esta precisamente la consigna que puede agrupar a las más grandes masas del pueblo y unir las en la lucha contra la guerra. El movimiento por la paz todavía no ha asumido las proporciones de una tormenta, pero se está extendiendo a sectores cada vez más grandes de la sociedad. Está ganando apoyo entre los obreros y los campesinos, entre el pueblo

trabajador urbano, entre los soldados y entre los intelectuales progresistas.

Cientos y miles de las más variadas organizaciones de masas de trabajadores en muchos países capitalistas se han pronunciado ya por la paz, por la inmediata terminación de esta guerra de rapiña.

El movimiento pro paz, contra los mercaderes de la guerra y contra la "Union Sacrée" que la burguesía y los líderes social-demócratas predicán, es la primera indicación seria de los importantes procesos que están en acción entre las masas, procesos que están ayudando a cristalizar la conciencia política de las masas y a elevarla a un nivel más alto. Desde el punto de vista del movimiento de la clase obrera en los países capitalistas, este movimiento pro paz, constituye un resultado positivo particularmente importante de los primeros seis meses de guerra imperialista en Europa. Este movimiento conducirá a un nuevo reagrupamiento de las fuerzas de la clase obrera y de grandes masas de otros trabajadores; representa el embrión de un amplio frente del pueblo trabajador, que está destinado a jugar un enorme papel en la lucha de las masas por encontrar su propia salida de la presente guerra.

El principal obstáculo que se presenta en el camino del creciente movimiento de masas contra la guerra imperialista y en favor de la paz es la política traidora de los líderes social-demócratas. Con el comienzo de la actual guerra la Segunda Internacional de hecho ha dejado de existir como organización internacional. Las directivas de sus secciones supervivientes, que se han puesto por completo al servicio del imperialismo anglo-francés, acaparan el monopolio de la legalidad en la mayor parte de los países capitalistas. Gozan del apoyo del capital y de su aparato estatal, especialmente del aparato militar y policíaco del bloque imperialista anglo-francés. Los organizadores de la actual guerra en Europa han encomendado a los dirigentes de la social-democracia las mismas tareas que ellos realizaron durante la primera guerra imperialista: la justificación de la guerra de rapiña, a fin de evitar y sabotear las luchas de las masas trabajadoras en contra de la guerra y asegurarse la explotación ilimitada y la eliminación de las conquistas de las masas trabajadoras.

Pero además, la burguesía imperialista ha confiado a sus agentes social-demócratas otra tarea importante, la de hacer tambalear la confianza de las masas en la política de paz del gran Estado Socialista, la de arrancar a las masas trabajadoras de su más firme apoyo en la lucha por la paz, la de aislarlos para así facilitar más a la burguesía el aplastamiento de los movimientos de masas.

Es por esto por lo que una lucha decidida debe emprenderse en contra de la política de traición de los dirigentes social-demócratas; pues sin una lucha tal es indudable que no podrá existir una

resistencia efectiva en contra de los intentos de la burguesía reaccionaria por extender la guerra, ni tener éxito alguno en favor de la paz o por la rápida terminación de la guerra.

Después de seis meses de guerra en Europa, dos líneas opuestas, dos perspectivas diametralmente opuestas se pueden ya distinguir.

Los imperialistas están preparados para sacrificar sus propios pueblos y otros pueblos en esta guerra, a fin de realizar sus planes de rapiña. Intensifican enormemente la explotación y la opresión de las masas trabajadoras en sus propios países, destruyen las organizaciones de la clase obrera y reducen a prisión, persiguen y declaran fuera de la ley a los comunistas. Al mismo tiempo ajustan las cadenas con que oprimen a sus esclavos coloniales. Se inclinan hacia el establecimiento y la perpetuación del terrorismo militar y policíaco en todos los países a fin de impedir el estallido del inevitable levantamiento social que se madura en las masas del pueblo, y de este modo mantener su dominación de clase.

La clase obrera quiere detener la guerra de rapiña para evitar la ulterior expansión de la conflagración. Quiere, por medio de un poderoso movimiento popular, frustrar los criminales designios de los imperialistas que están dispuestos a destruir pueblos enteros en esta guerra. La clase obrera quiere luchar contra el terror de la época de guerra, contra la esclavización del pueblo trabajador, contra la opresión de las naciones, contra la esclavización de los pueblos coloniales, por la emancipación de todo el pueblo trabajador de toda clase de dominación capitalista.

Los imperialistas se inclinan a la extensión del teatro de la guerra, a arrastrar masas cada vez más amplias al torbellino de la guerra: todos los pueblos de Europa, América, Australia, y los esclavos coloniales de Asia y África.

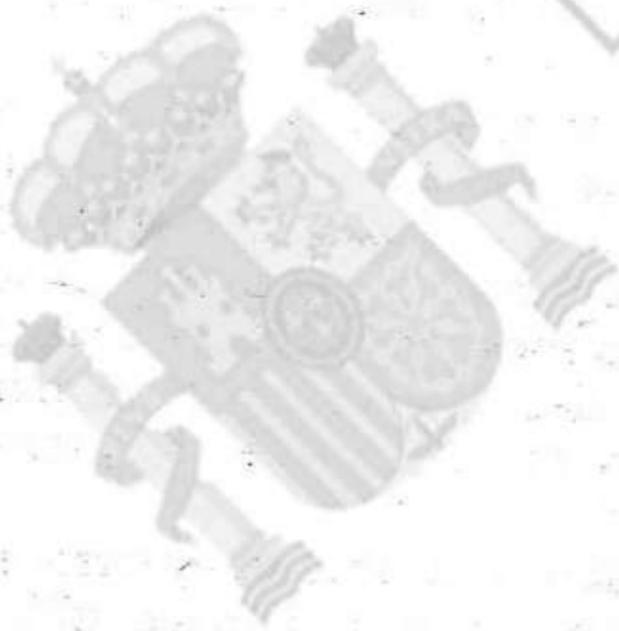
La clase obrera, una vez que ha reconocido su papel histórico, es la única clase capaz de librar a todos los pueblos de la guerra imperialista y la esclavitud capitalista. Lucha y continuará luchando resueltamente contra la extensión del teatro de la guerra, contra la actual guerra europea que avanza hacia una guerra mundial. Está lanzando el toque de atención para esta lucha y agrupará a su alrededor a masas de trabajadores cada vez más amplias.

Los imperialistas están rabiosos porque las cosas se están poniendo malas para ellos, porque en vez de aumentar su poder se han vuelto más débiles que antes.

La clase obrera no se inclina ante las represalias, ante el terror de guerra y la opresión imperialista porque tiene conciencia de que es ahora más fuerte que antes, de que a cada día que pasa su poder aumenta, de que encabeza el movimiento de masas cada vez más intenso y más amplio en contra de la guerra de rapiña, en contra del capitalismo.

En la mayoría de los países capitalistas las masas del pueblo realmente grandes no han entrado todavía en acción; ni tampoco existe un movimiento tal que pudiera agrupar a millones en la participación **activa** en una lucha contra la guerra imperialista. En extensión, profundidad, conciencia y organización, el movimiento de masas contra la guerra no se desarrolla **uniformemente** en los diferentes países capitalistas. En gran parte el desarrollo de este movimiento se encuentra estorbado por la política de engaño y traición que siguen las directivas de los Partidos Social-Demócratas y por el terror militar y policiaco de la burguesía.

Pero mientras que el embaucamiento y el terror burgués puede retardar el crecimiento del movimiento de masas, no existe poder sobre la tierra que sea capaz de impedir su progreso inexorable. Este movimiento crecerá y madurará. Sus miles de fuentes vendrán a combinarse en un poderoso torrente que impulsará a las grandes masas populares en todos los países capitalistas y en todos los continentes. La palabra de orden de las masas trabajadoras: "Por paz, pan y libertad", se está convirtiendo en una fuerza material poderosa que impulsa a los millones de explotados y oprimidos que andan en busca de una salida para sus interminables sufrimientos y para la guerra imperialista.



PETER WIEDEN

La Lucha por la Paz

A pesar de la inmensa propaganda de guerra, los criminales incendiarios de la guerra imperialista no han logrado convencer a las masas de que es necesaria y "justa" una nueva matanza mundial. Las amplias masas del pueblo en los países beligerantes pueden no estar todavía en capacidad de discernir que el verdadero enemigo es la burguesía de sus propios países y que detrás de la profusa propaganda de guerra se esconde la degenerada y cruel mirada aviesa de los bandidos capitalistas; sin embargo, esas mismas miradas están lejos de sentir entusiasmo por la nueva guerra imperialista. La vociferante propaganda guerrera es incapaz de ahogar la voz de la duda o de mitigar las preocupaciones de las masas. El nebuloso carácter de los objetivos bélicos oficiales de los diversos gobiernos no es como para dar a la guerra un tinte popular, como para poner a los obreros, a los campesinos y a los profesionales en disposición bélica. La pregunta: "¿Por qué debemos sostener la guerra?" no puede ser puesta o considerada fuera de lugar. Las gentes están cansadas de la guerra antes de que ésta haya entrado en plena acción.

Contrariamente a como aconteció en la primera guerra imperialista, un movimiento antibélico se ha producido esta vez desde los primeros meses que siguieron al rompimiento de las hostilidades, y este movimiento está ganando terreno rápidamente. Apenas pasa un día sin que organizaciones de la clase obrera en Inglaterra, —Partido Laborista, centrales sindicales y cooperativas—, tomen resoluciones antiguerreras pidiendo que la guerra se termine enseguida.

En Francia las demostraciones contra la guerra se hacen imposibles debido al terror policiaco que prevalece allí, pero la burguesía francesa no puede ocultar el hecho de que su política de guerra está encontrando una firme resistencia entre el pueblo trabajador. La táctica terrorista adoptada por ella contra las masas trabajadoras, tal como la liquidación de los sindicatos leales a su clase, son clara evidencia de esto.

En los Estados Unidos se está desarrollando el movimiento pro paz, abarcando no sólo a las masas de obreros sino también a grandes sectores de la clase media, particularmente a los intelectuales. En todos los países beligerantes y en todos aquellos que no han sido arrastrados todavía al torbellino de la guerra, han empezado a sostenerse diversas fuerzas que estigmatizan a la guerra como imperialista y están opuestas a ella en consecuencia. La acti-

tud de la juventud es particularmente significativa. Está adquiriendo creciente importancia en la lucha por la paz y muestra poca inclinación a arriesgar su vida y su cuerpo por los carniceros imperialistas y mercaderes de la sangre humana.

Este anhelo de que se termine la guerra antes de que se desate con toda su furia, esta ansiedad que se está apoderando de las masas con fuerza irresistible, da vastas oportunidades para la unificación de las diversas capas del pueblo, —que difieren en sus opiniones políticas—, para emprender una lucha conjunta por la paz, contra los traficantes de la guerra imperialista y contra el sistema mundial del imperialismo. Hoy no hay tarea más importante y urgente que la de movilizar a todas las fuerzas para impedir que los incendiarios imperialistas de la guerra utilicen el presente momento para extender la conflagración a Escandinavia, a los Balcanes y a otros países, así como para convertirla en una guerra mundial. No demoréis. Ahora mismo debe hacerse todo para conjurar otra carnicería mundial, para hacer imposible otra lucha sanguiñaria entre ejércitos titánicos, para evitar el eficaz funcionamiento de la horrible maquinaria bélica, para impedir que la barbarie de la guerra extienda irrefrenablemente la muerte y la destrucción. Desde ahora mismo, sin dilación, las fuerzas de la paz deben ejercer con certadamente toda su determinación para frustrar el plan de los organizadores de la guerra mundial para consumar su crimen.

“PARA LA CLASE OBRERA SOLO HAY UNA POSICION CORRECTA: LA LUCHA A FONDO CONTRA LA GUERRA IMPERIALISTA, CONTRA LOS RESPONSABLES Y AGENTES DE ESTA GUERRA, EN PRIMER LUGAR DENTRO DE SU PROPIO PAIS; LA LUCHA POR MARCAR EL ALTO A ESTA GUERRA DE RAPINA. ES ESTA LA MAS JUSTA DE LAS CAUSAS, REGIDA POR LOS INTERESES FUNDAMENTALES DEL PROLETARIADO Y DE TODO EL PUEBLO TRABAJADOR”. Georges Dimitroff; “La Guerra y la Clase Obrera de los países Capitalistas”. (Págl. 13).

Esta es la tarea inmediata, una estupenda tarea, que tienen frente a sí todas las fuerzas de la paz.

El hecho de que esta guerra imperialista diera lugar a un movimiento pro paz tan inmediatamente después de su comienzo, debe explicarse no sólo por la amarga experiencia adquirida por las amplias masas en la guerra mundial de 1914-18 y por la subsecuente paz dictada en Versalles, que dejó sin cumplir todas las hermosas promesas de las potencias beligerantes y que no hizo más que ser causa de nuevas guerras. Hay que buscar las causas fundamentales de este movimiento pro paz no sólo en el hecho de que todas las cargas de esta guerra han pesado desde el principio directa y completamente sobre los hombros del pueblo trabajador, sino también en que el financiamiento de esta guerra ha sido echado directa e ilimitadamente sobre las masas trabajadoras y de que los standards de vida del pueblo en general han sido reducidos

inmediatamente en forma muy apreciable. Su causa primordial radica en una serie de cambios fundamentales operados en la situación internacional desde la primera guerra imperialista mundial.

En ese tiempo no había fracturas en el sistema mundial imperialista. Los Estados imperialistas peleaban "entre ellos mismos". La clase obrera revolucionaria no era factor que tomaban ellos seriamente en cuenta en sus cálculos.

Hoy el sistema imperialista mundial ya no está libre de brechas. Hoy una sexta parte del mundo es socialista. Existe la Unión Soviética Socialista. Un nuevo mundo, el mundo del Socialismo, vive y existe al lado del capitalismo. Y este mundo está creciendo e incrementando constantemente su fuerza.

En ese tiempo la guerra imperialista había sido precedida por un período más o menos pacífico. El sistema mundial imperialista no había sido estremecido en sus cimientos. En la mayor parte de los países las masas no habían pasado por luchas revolucionarias, no tenían, o tenían muy poco experiencia en la lucha revolucionaria.

Hoy estamos en una época de guerras y de revoluciones de las cuales ha surgido la segunda guerra imperialista. El capitalismo ha sido sacudido en sus bases. En muchos países después de la primera guerra mundial los obreros y el pueblo trabajador tomaron las armas contra sus ladrones y opresores imperialistas. Los pueblos de las colonias y de los países dependientes han entrado en movimiento. Incontables multitudes entre los oprimidos de varias partes del mundo han acumulado rica experiencia en la lucha revolucionaria.

En ese tiempo la social-democracia predominaba en el movimiento de la clase obrera de Europa y América. Sólo había una Internacional, —la traidora y oportunista Segunda Internacional. La influencia ideológica de la burguesía entre las masas de obreros y en todo el pueblo trabajador era grande. En casi todos los países beligerantes los obreros con conciencia de clase quedaron sin dirección. Solamente Rusia tenía un partido revolucionario del proletariado. Solamente los bolcheviques luchaban firmemente contra el oportunismo en el interior y en el exterior. La abrumadora mayoría de la clase obrera de los otros países había sido presa del chovinismo burgués, creía las mentiras de los señores de la guerra imperialista y de sus lacayos social-demócratas y no veía otra salida que la victoria de "su propia" burguesía. Lenin declaró en ese tiempo sin eufemismos:

"En 1914 la guerra europea se encendió; la burguesía por todas partes derrotó temporalmente al proletariado y lo lanzó a la turbulenta corriente del nacionalismo y del chovinismo." (V. I. Lenin, Obras Escogidas, Vol. V, pág. 161).

Hoy la influencia de los líderes social-demócratas es incomparablemente menor que durante la primera guerra imperialista. Los

más avanzados sectores de la clase obrera han dado decididamente la espalda a la traidora Segunda Internacional, y hasta las masas que todavía hoy están afiliadas a la Social-Democracia están observando con creciente desconfianza a los "líderes laboristas" que llevan material al molino del imperialismo británico.

La clase obrera ha adquirido en la Internacional Comunista un centro dirigente revolucionario. En todos los países hay Partidos Comunistas que tienen cuadros probados y experimentados que ejercen ya influencia sobre considerables masas del pueblo trabajador. El chovinismo encuentra serios obstáculos entre la clase obrera y también entre otros sectores del pueblo. Las mentiras esparcidas sobre la guerra por la burguesía y sus sirvientes social-demócratas son desmentidas mucho más rápida y eficazmente que durante la primera guerra imperialista. Las ilusiones "democráticas" han disminuído considerablemente en comparación con las de hace veinticinco años.

Este cambio de la situación internacional es la causa fundamental del movimiento antibélico entre la población trabajadora, el cual se produjo inmediatamente después del estallido de la guerra y está ganando terreno rápidamente. De este cambio de la situación internacional debe sacar la clase obrera revolucionaria importantes conclusiones en su lucha por la paz.

En la primera guerra imperialista la clase obrera no actuaba como una fuerza organizada contra los dos grupos de potencias beligerantes. El proletariado mundial estaba dividido en muchas facciones, y durante largo tiempo fué incapaz de actuar debido a la traición de la Segunda Internacional. Los bolcheviques, bajo la dirección de Lenin y de Stalin, consideraron que su tarea más importante era dotar a esta fuerza de una estructura política y organizativa, hacer consciente a la clase obrera del hecho de que ella y sólo ella representaba esta fuerza.

Los bolcheviques trabajaron incansablemente para exponer la verdadera naturaleza del imperialismo y de la guerra imperialista. Con ardiente pasión, con paciencia y persistencia estigmatizaron al oportunismo y pusieron en claro los objetivos revolucionarios de la clase obrera. Infatigables en sus esfuerzos, fortalecieron ideológicamente la vanguardia revolucionaria de la clase obrera y la unificaron políticamente, apartaron a los obreros avanzados de la influencia de la burguesía y de la social-democracia, organizaron por donde quiera cuadros de fuerzas proletarias y los ejercitaron para cumplir las tareas históricas que afrontaban.

Consolidaron el partido de nuevo tipo, el Partido de Lenin y de Stalin, y al mismo tiempo echaron las bases de una internacional genuinamente proletaria, genuinamente revolucionaria, la Internacional Comunista. Condujeron a los obreros, a las masas trabajadoras del antiguo imperio de los zares a la victoria y de este mo-

do abrieron una ancha brecha en todo el sistema del imperialismo mundial. Realizaron lo que era más difícil, y crearon nuevas condiciones mucho más favorables para la lucha de la clase obrera.

Ya desde la Gran Revolución Socialista de Octubre esta fuerza, organizada en Estado, ha estado dando el frente al grupo de las potencias imperialistas. La clase obrera ha alcanzado la victoria en un país de gigantescas proporciones. Una sexta parte de la tierra ha sido segregada de la sociedad burguesa, la cual fué reemplazada por la sociedad socialista. El sistema imperialista mundial está roto. Los obreros, las masas trabajadoras de todos los países han ganado una gran patria que nunca deben perder, un inagotable manantial de fuerza, **la Unión Soviética Socialista.**

La existencia y la importancia material, política y moral firmemente creciente de la Unión Soviética han determinado internacionalmente un cambio en la total relación de fuerzas. El país que al principio de la primera guerra imperialista estaba condenado a la impotencia es hoy un factor de formidable consecuencia. La voz de la Unión Soviética Socialista puede ser oída en los rincones más apartados del mundo. Todas las potencias imperialistas se han visto obligadas a tomar en cuenta a un factor de fuerza tan colosal. Esto cambia todo el carácter de la lucha por la paz. En la guerra mundial de 1914-18 sólo las potencias imperialistas tenían voz sobre la guerra y la paz. En consecuencia, toda paz concluída entre ellas no podía, como lo subrayaba Lenin:

“... sino servir para perpetuar este empeoramiento de las condiciones económicas de las masas, no importa cuál fuera el resultado de la guerra, con tal de que quedara resguardado el sistema social burgués.” (Ibid., págs. 232-33. El subrayado es mío.—P. W.)

Hoy la sociedad socialista coexiste con la sociedad burguesa. Hoy, como lo expresó el camarada Molotov en la conclusión del Pacto Soviético-Germánico de No Agresión:

“Es imposible decidir problemas de las relaciones internacionales sin la activa participación de la Unión Soviética, y particularmente problemas concernientes a la Europa Oriental.”

Con respecto a la paz la Unión Soviética Socialista también hace sentir su peso actualmente. Las potencias imperialistas ya no pueden arreglar las cosas “en familia”, pues la causa del proletariado del mundo entero se encuentra actualmente ligada con la gran tierra del Socialismo. Este poderoso viraje en la correlación de fuerzas en favor de los obreros y de todo el pueblo trabajador, hace que se conviertan en realidad las perspectivas de éxito en la lucha por la paz.

La Unión Soviética no ha abandonado nunca sus incansables esfuerzos en favor de la paz. Realizó enormes esfuerzos para evitar el estallido de la guerra en Europa y desde que estalló ha estado buscando llegar a un fin temprano de la guerra. La Unión So-

viética está profundamente interesada en la paz. No pelea por colonias, por fuentes de materias primas o por concesiones exteriores apropiadas para las inversiones de capital, pues todos esos objetivos de guerra tienen sus raíces en la economía capitalista de lucro. Contrariamente a los países capitalistas, por medio del esfuerzo pacífico constructivo ha aumentado la prosperidad de todos sus habitantes, ha elevado el nivel de la producción industrial y agrícola, ha perfeccionado su equipo técnico y ha elevado el nivel de cultura de sus pueblos hasta un punto nunca alcanzado hasta ahora. La paz sirve al Socialismo y le conquista nuevos adeptos. Años antes del estallido de la segunda guerra imperialista **la superioridad del socialismo sobre el capitalismo** se había hecho evidente. Con tranquila confianza en sí mismo el socialismo podía desafiar al capitalismo a entablar una competencia en medio de un ambiente pacífico.

En el curso de esta tremenda competencia los trabajadores de todos los países tenían que llegar al convencimiento de que el futuro pertenece al socialismo. Cada nuevo éxito obtenido por la construcción socialista significaba un nuevo golpe al capitalismo decadente, que se hundía cada vez más en el marasmo de las crisis catastróficas y cuya incapacidad para satisfacer aun las más elementales demandas de la población trabajadora se hacía cada vez más pronunciada. Las victorias pacíficas del socialismo en la Unión Soviética sacudían al mundo capitalista, hacían sentirse a los trabajadores más conscientes de su propia fuerza y aumentaban las aspiraciones de hacer triunfar también en sus propios países una solución socialista de sus problemas. Así es como la Unión Soviética pudo a través de esfuerzos pacíficos sin paralelo ganar la simpatía, el amor y la admiración de masas cada vez más amplias del pueblo en los países capitalistas. Así es como la Unión Soviética se convirtió en una fuente inagotable de fuerza del proletariado internacional y de todo el pueblo trabajador y de las naciones que gemían bajo el yugo del imperialismo.

Todo esto tenía que llevar a la conclusión de que, en contradicción a todos los países imperialistas, la Unión Soviética desea sinceramente la paz y de que **sus intereses como Estado son idénticos a los intereses de todos los trabajadores**. De esto también se deduce que el desarrollo de las fuerzas de la Unión Soviética en todos los sentidos y el fortalecimiento de su prestigio internacional constituyen no sólo el sagrado deber de todos los pueblos soviéticos, sino que este deber está en completa consonancia con los intereses de todos los pueblos. El objetivo de toda su política está constituido por el deseo de frustrar la guerra mundial proyectada por los imperialistas británicos y franceses, por reducir el teatro de la guerra y poner en condiciones a los países fuertemente presionados por Inglaterra de mantenerse fuera de la guerra. Mientras

más fuerte se haga la Unión Soviética, mayor será su seguridad en todos los planos, más inmune se hará en contra de toda clase de ataques por parte de los Estados capitalistas, más en alto podrán erigir sus frentes todas las fuerzas que trabajan en favor de la paz en cualquier parte de la tierra. **Todo aumento en el poderío de la Unión Soviética implica un aumento correspondiente al poderío de las fuerzas que trabajan por la paz en todos los países.**

A través de la activa política de paz de la Unión Soviética, a través del creciente peso de las fuerzas socialistas en comparación con la de los grupos de potencias imperialistas, el movimiento pro paz en los diversos países recibe su gran contenido histórico. Es el imperialismo anglo-francés el que bruscamente rechaza todas las proposiciones de paz, que no solamente se niega a disponer el cese de las hostilidades, sino que por el contrario está realizando maniobras para llegar a una guerra mundial.

Es la Unión Soviética la que está luchando infatigablemente por reducir el teatro de la guerra, por darle un pronto final; por lo tanto los trabajadores y las naciones que luchan por la paz deben reconocer en la Unión Soviética su más poderoso aliado y deben unir más y más los movimientos en favor de la paz con las fuerzas del socialismo a fin de así formar una gran corriente anti-imperialista. **La lucha por la paz está inseparablemente unida al apoyo a la política de la Unión Soviética por parte de los trabajadores de todos los países.**

En consecuencia, la clase obrera revolucionaria debe tener constantemente presente la nueva y tremenda importancia que la propaganda a favor de la paz, la lucha por una rápida terminación de la guerra, adquieren debido a la existencia de la Unión Soviética Socialista y su creciente poder e influencia, debido al hecho de que hoy es imposible decidir sobre cuestiones importantes de relaciones internacionales sin la participación activa de la Unión Soviética.

El poderoso y joven mundo del socialismo y el senil e internamente putrefacto mundo del capitalismo están cara a cara: La crisis del sistema mundial capitalista ha aumentado enormemente en intensidad desde la primera guerra imperialista. Todas las contradicciones inherentes al capitalismo han sido acentuadas hasta el extremo: el antagonismo entre los diversos grupos de potencias imperialistas, el antagonismo entre explotadores y explotados, entre las metrópolis del capital financiero y las naciones que oprimen. La crisis económica de proporciones sin precedentes ha dislocado al capitalismo y ha hecho brotar sentimientos anticapitalistas en las amplias masas.

En muchos países la burguesía no pudo seguir gobernando a la vieja usanza, tras una cortina democrática. Se vieron obligados a instalar dictaduras abiertas, terroristas, acumulando en esta for-

ma nuevas substancias inflamables de gran peligro para ellos mismos. En muchos países los obreros y las masas trabajadoras en general defendieron sus libertades con las armas en la mano en contra de la reacción. Estas luchas constantemente cobraron fuerza y en España estuvieron muy cerca de inflingir una derrota a los reaccionarios.

Los pueblos oprimidos de las colonias y de los países dependientes han comenzado a agitarse; mientras que la India con sus 350.000,000 de habitantes se sometía en silencio al imperialismo británico durante la primera guerra mundial imperialista, ahora despierta su conciencia nacional y la oposición a sus opresores se está haciendo cada día más aguda. Mientras que la China con su población de 400.000,000 llegaba a la época de la primera guerra imperialista como una nación desgarrada por las disensiones internas y que apenas merecía ser tomada en cuenta como potencia, ha estado desde entonces ganando en unidad a través de su lucha contra los conquistadores extranjeros y actualmente representa una potencia de creciente importancia. Por todas partes el sistema mundial capitalista está crujiendo y agrietándose y ha perdido el aparente vigor de 1914. El imperialismo de hoy lleva claramente marcado el signo de la muerte sobre su frente a medida que se enfrenta a los pueblos del mundo.

El discurso del camarada Molotov del 6 de noviembre de 1939 caracterizó con mano maestra al capitalismo moribundo:

“El capitalismo senil y putrefacto ya está dirigiendo sus miradas hacia atrás, y se ve patentemente que sus últimos días están cerca... Aun los más ricos países, aquéllos que más han engordado con sus mal adquiridas riquezas, se ven imposibilitados para encontrar una salida que satisfaga en algo a las masas populares. Es evidente que la fuente de un aumento ulterior en la fuerza interna de la sociedad capitalista moderna está más o menos seca o se está secando por completo. Es aquí donde debemos buscar la causa fundamental de las nuevas aventuras de las potencias imperialistas en campos extranjeros. Es aquí donde descansa la verdadera raíz de las guerras modernas, que crecen en número y en extensión ante nuestros propios ojos”.

Pero este capitalismo moribundo es todavía un coloso, descargando golpes salvajes a diestra y siniestra, asiéndose tenazmente a su régimen y vendiendo cara su vida. Esta guerra imperialista debe ser contemplada como un esfuerzo desesperado de los capitalistas para librar de sus dificultades insolubles a expensas de las masas trabajadoras explotadas y oprimidas. La paz se hacía cada vez más imposible para los capitalistas. Viéndose los capitalistas envueltos en todas las contradicciones internas de su sistema y sin esperanzas de salvación, incapacitados para satisfacer las más elementales aspiraciones de las masas, lo que fué más completamente demostrado por la victoria del socialismo en la Unión Soviética, y teniendo la última palabra que decir, creyeron haber visto la salida de la situación en una guerra contra la tierra socialista de los so-

viets. Los imperialistas británicos movieron todos los resortes para incitar a Alemania a que se enredara en una guerra de esa naturaleza, lo que los libraría a ellos a la vez de un peligroso rival imperialista. Pero como ya todo el mundo sabe, estos planes quedaron reducidos a la nada. Entonces Inglaterra y Francia comenzaron inmediatamente a organizar la guerra en un esfuerzo para conseguir una salida satisfactoria para el mundo imperialista, pero sin dejar de continuar en sus intentos anteriores de hacer que otros hicieran la guerra por ellos ¿Corresponde a los intereses de los trabajadores que el capitalismo logre solucionar temporalmente sus dificultades a costa de los pueblos? No; por el contrario, lo que corresponde a los intereses de los trabajadores es impedir que los capitalistas salgan de sus actuales dificultades a expensas del pueblo. **Los capitalistas necesitan la guerra. El pueblo necesita la paz.**

Los capitalistas necesitan la guerra para poder conservar su botín imperialista, para hacer un reparto del mundo en la forma que crean conveniente sin tomar en cuenta los deseos de las naciones afectadas, para distraer la atención de las naciones oprimidas y de los trabajadores explotados en su lucha por su liberación de los opresores y forzarlos a derramar su sangre en defensa de intereses que les son extraños. Necesitan la guerra para explotar más que nunca al proletariado, para destruir o por lo menos castrar las organizaciones obreras y para remover todos los obstáculos a la dictadura de la burguesía ayudada por su máquina guerrera.

Las masas populares necesitan la paz para poner un alto a la destrucción de vidas en sus filas y detener las ofensivas en contra de sus salarios; para agruparse en la lucha contra los explotadores y opresores; para dar a sus demandas el poder de la fuerza organizada; para evitar que los capitalistas pospongan su bancarrota final a costa de los trabajadores; a fin de no gastar su fuerza en los frentes de la guerra imperialista y aplicarla conjuntamente en contra de los enemigos del pueblo; a fin de ayudar en todo respecto la lucha por la liberación de las naciones oprimidas que será un gran servicio prestado a su propia liberación.

Una rápida terminación de la guerra sería para los trabajadores una gran victoria y un duro golpe para los imperialistas. Y si los demagogos se oponen al movimiento pro paz con el argumento especioso de que un movimiento de esa naturaleza significa favorecer el **statu quo**, reconocer las relaciones de fuerza existentes con todas sus injusticias, que tal movimiento es en realidad una lucha por sancionar las relaciones que han sido establecidas por medio de la fuerza, debemos contestar a estos demagogos, a estos gangsters distraídos con los ropajes de los guardianes de la justicia, que se trata exactamente de todo lo contrario. Que fueron sus imperialistas ingleses y franceses los que no sólo construyeron sus propios imperios haciendo uso de burdos engaños y de la fuerza bruta, si-

no que entregaron a Etiopía y Albania a la dulce merced de sus conquistadores, traicionaron en la forma más baja a Austria y a Checoslovaquia y han considerado y todavía consideran a los pueblos y a las naciones como moneda de cambio, como meros objetos de trueque.

Si estos imperialistas hacen ahora el papel de libertadores de los pueblos que ellos han traicionado y vendido, esto no es sino el pináculo de la más cínica desfachatez. Pero hay aún más. Este tipo peculiar de libertador ni siquiera habla del derecho de autodeterminación de las naciones en Europa, sino que proclama la necesidad de fijar en el mapa de Europa de manera que corresponda a los requerimientos de Inglaterra y Francia. De acuerdo con lo que ellos mismos admiten, desean condenar al pueblo alemán a un estado de impotencia permanente; en la Europa Central quieren crear de un tirón Estados artificiales que no tomen en cuenta las aspiraciones del pueblo y que habrán sido creados sólo por imperialistas "razones de Estado". Ellos consideran a Europa únicamente como un objeto de la política anglo-francesa y quieren crear por la fuerza de las armas las condiciones que favorezcan sus deseos e intenciones predatorias. El yugo de acero de una dictadura anglo-francesa vendría a reforzar el sacudido sistema mundial imperialista y establecer un nuevo cordón contra la lucha de liberación de los trabajadores oprimidos y contra el socialismo.

Si se lograra un pronto fin de la guerra todos estos planes saltarían por la borda. Se crearía una situación en medio de la cual les resultaría imposible a los opresores imperialistas hacer el papel de guardianes "emancipadores", pero en la cual sería posible que los pueblos emprendieran la batalla por su liberación, ayudados por las masas trabajadoras de todos los países. La conclusión de la paz bajo las condiciones actuales no significaría la estabilización del régimen imperialista, sino por el contrario, un paso importante hacia el debilitamiento y el derrumbamiento de este régimen. Todas las potencias imperialistas están agonizando en medio de tantas contradicciones internas que se puede decir con razón que les tienen el "cuerpo envenenado". Si se les impide que hagan uso de la guerra para atenuar estas contradicciones por el momento, si se les hace imposible que encuentren una salida a sus dificultades recurriendo a la guerra, estarán condenadas a enmarañarse cada vez más desesperanzadamente. En vez de dedicarse a la llamada "liberación" de los pueblos que están siendo oprimidos por otros, se encontrarán entonces cara a cara con el movimiento de liberación de los pueblos oprimidos por ellos mismos. Su celo hipócrita por mitigar la miseria de los trabajadores de fuera se encontrará entonces con la tormenta de ira e indignación engendrada por la miseria de sus propios trabajadores. En vez de incitar a las masas de los varios países a que se lancen los unos contra los

ctros, tendrán que entenderse con la creciente solidaridad internacional y la unidad de lucha de los trabajadores de todos los países. Esta solidaridad internacional y unidad de lucha de los trabajadores de todos los países no llegó a ser lo suficientemente fuerte durante la lucha por la libertad en España como para lograr la victoria del pueblo español, que hubiera sido una victoria para la humanidad trabajadora de todo el mundo. Es, sin embargo, una garantía de triunfos venideros sobre los opresores imperialistas.

Por todos estas razones, un rápido final de la guerra significaría una seria derrota para los imperialistas y una gran victoria para los trabajadores.

Los comunistas, los más auténticos y mejor probados luchadores en defensa de los intereses de la clase obrera y de todos los trabajadores, consideran hoy como la tarea más urgente e inmediata la de realizar la unión de la clase obrera y agrupar las masas de la población trabajadora en la lucha por la paz, por el internacionalismo proletario, en contra de los incendiarios y los mercaderes de la guerra. Mucho antes de que estallara la guerra imperialista, los comunistas hicieron todo lo posible por agrupar a todas las fuerzas de los trabajadores en defensa de la paz. La escisión en las filas de la clase obrera y la traicionera política de los líderes social-demócratas, que asestó una puñalada por la espalda al Frente Popular Español, que minó el Frente Popular Francés, que fomentó los planes de guerra contra la Unión Soviética, ha hecho que sea posible a los imperialistas desencadenar el demonio de la guerra en contra de la voluntad del pueblo.

Los comunistas luchan actualmente por un rápido final de la guerra. Están plenamente conscientes de que bajo las actuales circunstancias un rápido fin de las hostilidades no vendría a redundar en beneficio del sistema mundial imperialista, sino que a la larga beneficiaría a la clase obrera revolucionaria y a las masas trabajadoras oprimidas. Porque los imperialistas no podrían colocarse en una posición que les permitiera esconder el poderío del socialismo victorioso, ni oscurecer su superioridad tan espléndidamente demostrada en una sexta parte del globo. Ya no podrán detener la oleada de justa indignación de las masas populares contra los causantes de la guerra, contra los opresores y explotadores capitalistas, ni tendrán poder para sofocar en las masas del pueblo que trabaja y entre las naciones oprimidas, la idea de derrumbar las ciudadelas del capitalismo.

Los comunistas toman muy en cuenta las diferencias fundamentales entre la situación mundial de 1914 y la de hoy. El cambio en el alineamiento de las fuerzas, el triunfo del socialismo en la Unión Soviética, la crisis sin paralelo experimentada por el sistema mundial capitalista y el desarrollo revolucionario de la clase obrera, abren nuevos y diversos caminos para acercarse cada vez más a

la meta de la lucha: el socialismo. En vista del cambio en la correlación de las fuerzas, la consigna de paz ha adquirido un nuevo contenido y una nueva importancia.

Los comunistas declaran que la propaganda de paz ha venido ya creando dificultades para los imperialistas, pero que no es suficiente hacer propaganda en favor de la paz, que es imposible obtener un rápido fin de la guerra imperialista sin serias luchas de masas, sin un esfuerzo heroico y organizado. En todos los países la lucha por obtener la paz es una lucha contra la burguesía que está haciendo la guerra o que la apremia. En todo país es una lucha en contra de los dóciles lacayos de la burguesía, contra los social-demócratas provocadores de guerra. En todo país es una lucha por el pan y la libertad, una lucha que se opone a que el peso de la guerra se descargue sobre los hombros de los trabajadores, contra el descarado enriquecimiento de los especuladores capitalistas de la guerra. Sólo por medio de una lucha tenaz, obstinada, que llegue hasta el sacrificio, en contra de su propia burguesía, en contra de los capitalistas y social-demócratas incendiarios de guerras, pueden los obreros y todos los trabajadores convertirse en una fuerza capaz de detener la guerra imperialista.

Los comunistas están realizando los más tenaces esfuerzos para contrarrestar la mendaz "unidad nacional", que significa el dominio militar ilimitado de los capitalistas sobre la masa del pueblo, estableciendo en oposición a aquélla la unidad de la clase obrera, el frente popular de las masas trabajadoras. Lo que los comunistas quieren es la unidad de las verdaderas fuerzas de la nación, los obreros, los campesinos, los profesionistas, las mujeres, quienes son triplemente víctimas de la guerra, y la juventud, que se ofrece en holocausto. Los comunistas de todos los países consideran como su sagrado deber, como su verdadera tarea nacional, la de unir a la clase obrera, la de agrupar a las masas populares en contra de los autores y beneficiarios de la guerra.

Los comunistas luchan por una terminación acelerada de la guerra:

para salvar al pueblo de una atroz carnicería internacional, de los inconmensurables e inconcebibles sacrificios de vidas y bienestar.

para no dar oportunidad a los capitalistas de que solucionen sus dificultades a expensas de la población trabajadora;

para impedir que el capitalismo moribundo destruya toda la riqueza que la técnica y la cultura han creado y que algún día pertenecerá al conjunto de la sociedad;

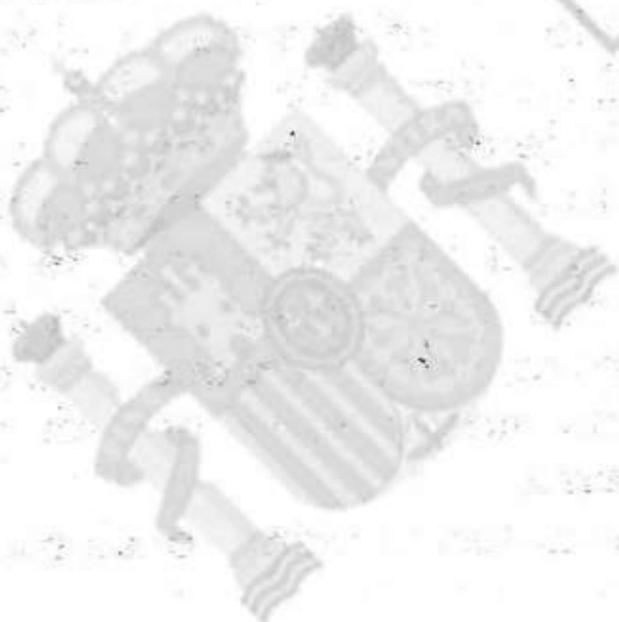
para agrupar a las masas del pueblo en todos los países e internacionalmente sobre la más amplia base posible en una lucha contra los imperialistas instigadores de la guerra, en contra del sistema mundial del imperialismo;

para apoyar en la lucha por la paz a la activa política de paz que persigue el gran Estado Socialista en defensa de los intereses de todos los pueblos, y para unificar en un torrente irresistible las fuerzas de las masas laboriosas de todos los países capitalistas con las formidables fuerzas socialistas de la Unión Soviética.

En esta lucha por la paz, en contra de la guerra imperialista y en contra del imperialismo rapaz, los comunistas tienen a toda hora presente las palabras pronunciadas por Dimitroff:

“LOS IMPERIALISTAS DE LOS PAISES BELIGERANTES HAN EMPEZADO LA GUERRA POR UN NUEVO REPARTO DEL MUNDO, POR LA HEGEMONIA MUNDIAL, CONDENANDO A LA DESTRUCCION A MILLONES DE SERES. LA CLASE OBRERA ESTA LLAMADA A DAR A LA GUERRA SU PROPIA SALIDA PROLETARIA, EN SU PROPIO INTERES Y EN BIEN DE TODA LA HUMANIDAD TRABAJADORA, DESTRUYENDO DE UNA VEZ POR TODAS LAS CAUSAS FUNDAMENTALES DE LAS GUERRAS IMPERIALISTAS.” (La Guerra y la Clase Obrera de los Países Capitalistas, pág. 22.)

MINISTERIO DE CULTURA



MAURICE THOREZ

Los Traidores en la Picota

A despecho de la rigurosa censura, las radiodifusoras del gobierno y la prensa burguesa, incluyendo a los periódicos socialistas, han empezado a mostrar signos inconfundibles de la rabia y del temor de los círculos dirigentes de Francia ante el valeroso e intrépido esfuerzo de nuestro Partido Comunista en contra de la guerra imperialista.

¿Hasta qué punto ha cambiado la posición de los reaccionarios desde 1914?

Durante la primera guerra imperialista encontraron complacientes sirvientes y cómplices entre los líderes traidores del Partido Socialista. Blum y Jouhaux estaban ya comprometidos en aquel tiempo a conducir a los obreros al matadero para salvaguardar los bolsillos de los capitalistas. No eran mejores los líderes socialistas en Alemania, Austria, Gran Bretaña y Bélgica, y su concertada traición a la clase obrera trajo como resultado el vergonzoso colapso de la Segunda Internacional.

Sólo el glorioso Partido Bolchevique, el Partido de Lenin y Stalin, permaneció fiel a la causa de la clase obrera, a la causa del internacionalismo proletario. Lenin y Stalin fueron los dirigentes del único partido que desde el principio mismo del holocausto hicieron un llamamiento al pueblo trabajador para emprender la lucha revolucionaria contra la guerra imperialista, que lo llamaron a combatir al enemigo interno. Sólo el Partido Bolchevique, dirigido por Lenin y Stalin, probó su capacidad para organizar y desarrollar esta lucha, para dirigir a la clase obrera hasta obtener la victoria sobre el zarismo y el capitalismo, hasta la conquista del poder, que hizo posible la construcción del socialismo, la construcción de firmes bases para un mundo nuevo, para la sociedad comunista del trabajo, la prosperidad, la libertad y la paz.

Por otra parte, en 1939, vimos a los comunistas en Francia y en el resto de los países tomando como modelo a los bolcheviques y aprovechando las enseñanzas de Lenin y Stalin, permanecer fieles a la causa de la clase trabajadora, del internacionalismo proletario. Nuestro Partido mantiene en alto con manos firmes la bandera de la Internacional Comunista, el estandarte de la lucha revolucionaria contra la guerra imperialista. Está llamando al pueblo a luchar contra las fuerzas reaccionarias de Francia y su gobierno, a combatir a Daladier y a sus verdugos a fin de detener la guerra y preparar el camino para la paz.

Pero la batalla es ahora más difícil y dura. Nuestro Partido se

formó y creció como un partido legal, en condiciones que ya no existen hoy. Nuestra prensa legal fué prohibida aun antes de que estallara la guerra. Nuestro Partido ha sido proscrito. Nuestros Diputados en la Cámara sufren una tremenda persecución; 36 Diputados han sido reducidos a prisión y los 12 que han conseguido escapar a la vigilancia de los sabuesos de la policía se ven obligados a continuar su trabajo ilegalmente. El 30 de noviembre uno de estos Diputados, Bonte, que representa a uno de los Distritos de París y es miembro del Comité Central de nuestro Partido, se dirigió a la Cámara y le arrojó a la cara la apasionada protesta de la clase obrera y del Partido Comunista contra la guerra imperialista. El 9 de enero 4 Diputados más, que gozaban de licencia en el Ejército, fueron arrancados de su sitio en el Parlamento. Estos fueron Raymond Guyot, Secretario de la Internacional Juvenil Comunista; Ferdinand Grenier, Secretario de los Amigos de la Unión Soviética, Michels, Secretario del Sindicato de Obreros Peleteros, y Mercier, funcionario del Sindicato de Obreros de la Alimentación. Pero al mismo día siguiente, el 10 de enero, otro Diputado comunista que había sido movilizado, Fajon, miembro de nuestro Comité Central, proclamó en la Cámara la lealtad del Partido Comunista a la causa del pueblo trabajador y denunció la ley arbitraria que privaba a los comunistas de ejercer en sus curules la representación del pueblo. Honor a los hombres que mantienen en alto la tradición de Liebknecht y de los Diputados bolcheviques de la Duma! Están probando ser realmente merecedores de la confianza del proletariado que los eligió.

Los trabajadores de Saint Denis, que arrojaron de su seno al renegado Doriot y eligieron a Grenier para que los representara en el Parlamento, están combatiendo bajo las banderas del comunismo contra la reacción y la guerra. La prensa burguesa anunciaba recientemente que 20 comunistas habían sido arrestados en una sola planta de aviación de Saint Denis. Desafiando a la persecución, los obreros y campesinos comunistas están luchando en todas partes, a pesar de que miles han sido arrestados y otros miles, a quienes hasta ahora se les ha permitido que conserven sus trabajos, solamente debido a su gran destreza, han sido enviados al frente o a los campos de concentración. Los obreros están luchando, —como Semard, Croizat, y muchos otros dirigentes de sus sindicatos disueltos que se encuentran actualmente presos—, y que son muchos para enumerarlos. Los jóvenes comunistas están luchando, —allí están los jóvenes héroes de las Brigadas Internacionales, allí están Pimpaud y Georges-Pierre, que fueron gravemente heridos en acción y están ahora siendo sometidos al tercer grado por los sabuesos de la policía. Las mujeres también están luchando. Ahí tenemos los ejemplos de las dos madres de tres niños cada una, que fueron arrestadas en Cannes, el de las 45 mujeres de París que fueron encarceladas en **La Petite Roquette**, y muchos otros ejemplos.

A pesar de todos los golpes que ha recibido, el Partido Comunista está extendiendo sus actividades por todas partes, en la industria y en el campo. *L'Humanité*, aunque reducida a la ilegalidad, continúa apareciendo. Sale regularmente en miles de ejemplares y pasas de mano en mano, para cólera de los reaccionarios. Volantes y folletos son distribuidos entre la población trabajadora. Apoyado y alentado por los obreros revolucionarios, el Partido Comunista está combatiendo a la reacción y la guerra, y cubriendo de vergüenza a los políticos socialistas y a los caciques sindicales por esta nueva traición. Está desenmascarando al puñado de viles desertores, que fueron lo bastante bajos como para renegar y traicionar a la clase obrera y a su Partido en la hora del peligro, cuando fueron sometidos a la prueba.

Los reaccionarios tiemblan de miedo ante el Partido Comunista, porque ellos bien saben que ni la amenaza, la persecución ni cualquier clase de presión pueden quebrantar la voluntad del Partido Comunista y de su Comité Central. Saben que el lugar de cada luchador caído será ocupado por otro, que el número de ellos y su ardiente devoción por su causa van creciendo con el tiempo. Saben que, a pesar de que rabien y se encolericen, no podrán vencer nunca al comunismo, al gran ideal que en forma creciente va conquistando los corazones y las mentes de las masas laboriosas que ven ante ellas el luminoso ejemplo de la Unión Soviética. Los reaccionarios temen a la propaganda comunista, se horrorizan de que los ojos de las masas pueden abrirse para ver las verdaderas causas que impulsan a la guerra y los objetivos de latrocinio de "las doscientas familias que dominan la economía y la política de Francia", como su genio maléfico, Daladier, dijo en cierta ocasión. Los reaccionarios están decididos a suprimir la propaganda comunista, están decididos a hundir a la clase obrera en la confusión, como lo hicieron en 1914. Están haciendo todo lo posible por demoralizar a los obreros comunistas y romper el Partido con la ayuda de los cobardes y los débiles, de los espías y los agentes provocadores.

El camarada Dimitroff tenía completa razón cuando decía en su folleto **"La Guerra y la Clase Obrera de los Países Capitalistas"**:

"CONFORME AVANCE LA GUERRA, TODOS LOS PARTIDOS COMUNISTAS, TODAS LAS ORGANIZACIONES DE LA CLASE OBRERA, TODOS LOS TRABAJADORES ACTIVOS, TENDRAN QUE PASAR POR DURAS PRUEBAS. LOS ESPIRITUS DEBILES, LOS CORAZONES MIEDOSOS, SE ECHARAN ATRAS ANTE LA GRANDEZA DEL CAMBIO. LOS ELEMENTOS EXTRAÑOS A LA CLASE OBRERA, LOS RENEGADOS, LOS CARRERISTAS, ETC., QUE SE HAN COLADO EN LAS FILAS COMUNISTAS, SERAN ARROJADOS POR LA BORDA".

Muchas veces ha frustrado el Partido intentos de llevar el rompimiento y la división a sus filas. Expulsó a Frossard, Souvarine, Sel-

lier, Barbé-Célor y Doriot. Procesó políticamente a estos serviles agentes de la burguesía y logró destruir en corto tiempo todas las posiciones que habían adquirido en el movimiento de la clase obrera. Esta vez, también, el Partido saldrá triunfante. Pero esta vez la lucha es más difícil que las anteriores. Requiere mayor esfuerzo de todos nosotros. Nunca debemos olvidar que estos traidores tienen a su servicio todas las armas de la propaganda oficial (la prensa, las radiodifusoras, la tribuna parlamentaria), que gozan del favor de los gendarmes y de los tribunales, que persiguen rencorosamente a nuestros funcionarios. Los reaccionarios están dando la más amplia publicidad a estos renegados y están haciendo todo lo que pueden para ahogar la voz de nuestro Partido. Una conspiración de silencio se opone a las valientes declaraciones de los comunistas, perseguidos por su lealtad a la clase obrera, al Partido y a la Internacional de Lenin y de Stalin.

Aun antes del estallido de la guerra los agentes del gobierno trataron abiertamente de confundir y comprometer a nuestro Partido. El 25 de agosto, día en que *L'Humanité* fué puesta en entredicho, uno de los traidores, Scaussot, intentó ésto por medio del burdo lazo de proponer que el grupo comunista del Parlamento enviara una delegación de sus miembros al embajador soviético para "interrogarlo sobre ciertos asuntos". El único propósito de este agente de Bonnet, con la fama de Munich, era dar material a los reaccionarios para sus aseveraciones calumniosas de que existían notorias conexiones entre los comunistas y la Embajada Soviética. Su traición fué descubierta en el acto por los diputados, y estigmatizada unánimemente.

Dos días después otro agente de la policía, Nizan, con el especioso pretexto de tener que resarcirnos de la supresión de nuestras publicaciones legales, propuso un "plan" de colaboración en los periódicos burgueses que no era más que un cebo para cogernos en la trampa de la aceptación del "nacional-comunismo", es decir, comunismo de palabra y nacionalismo de hecho.

Antes de que estallara la guerra, fué hecho también un intento por otro traidor, Capron, satélite de Doriot y muy su mano derecha, para indagar, por orden del Prefecto del Departamento del Sena las medidas que la dirección del Partido estaba planeando y para desmoralizar y embrollar a los alcaldes del Distrito de París. Prácticamente, todo miembro del Partido que ocupara una posición pública era análogamente presionado y se intentaba chantagearlo para que renunciara al Partido. Y mientras la campaña de persecución estaba en todo su apogeo, mientras la prensa burguesa estaba ocupada en echarle lodo al comunismo, mientras Blum, ese traficante de la guerra, amenazaba y tronaba contra los miembros del Partido, —supuestos amigos del Partido Comunista se ocupaban en desventurados intentos de "atraer" a los líderes de nuestro

Partido. Así, Bayet, un radical, tuvo la desvergüenza de pedirle una entrevista a Marcel Cachin en el curso de la cual propuso de hecho a Cachin que traicionara al Partido y se volviera contra la Unión Soviética. Cuando este emisario de Daladier fué echado de la casa, Daladier se vengó haciendo meter en prisión a la hija de Cachin, —madre de un niño de un año de edad—, y a su yerno.

El Partido en su conjunto ha sufrido esta tormenta. Si fueren necesarias pruebas, la persecución cada vez más rencorosa que se está emprendiendo por manos del gobierno sería prueba suficiente. El gobierno ha reintroducido la *lettre de cachet*, la arbitraria orden de prisión del **antiguo régimen**, y en realidad ha expedido la orden de adoptar medidas rigurosas para combatir "las expresiones sediciosas, aunque sean de carácter puramente subjetivo... capaces de menoscabar la moral de la población o del ejército". Pero ni los más arduos esfuerzos de todos los traidores y renegados capacitarán a los reaccionarios para privarnos de lo mejor de nuestro Partido.

Veamos quiénes son estos pútridos individuos que nuestro Partido ha echado de su seno. Se observa enseguida que ellos eran constantemente representativos de las tendencias pequeño-burguesas que "de uno u otro modo... penetran en el Partido e introducen en él el espíritu de vacilación y oportunismo, el espíritu de demoralización e incertidumbre." (Stalin). Casi todos ellos eran parlamentarios o alcaldes que, a diferencia de la vasta mayoría de los representantes del Partido investidos con cargos públicos, no continuaban siendo verdaderos revolucionarios, no continuaban siendo como aquellos para quienes la única consideración es el interés presente y futuro del movimiento de la clase obrera. Traicionaron la confianza puesta en ellos, porque se dejaron arrastrar al lodazal del oportunismo y del legalismo, se divorciaron gradualmente de la clase obrera y llegaron a ser cuerpos extraños dentro del Partido. Se dejaron corromper material y moralmente por la burguesía, la clase que está en el poder. Se dejaron sobornar por la perspectiva de la comodidad y del placer o se dejaron intimidar por la máquina de la dictadura capitalista, porque no tenían fe en la fuerza de la clase obrera, en el brillante futuro del comunismo, en el Partido y en la Internacional Comunista, en la Unión Soviética, esa invulnerable fortaleza del proletariado mundial y esperanza del pueblo trabajador de todo el mundo.

Debemos tener presente que Vassart, Gaymann y los demás siguieron a Doriot cuando ese aventurero se opuso a la táctica de "clase contra clase", en relación con lo cual dijo en esa ocasión el camarada Stalin que "ello demuestra que hay individuos en los Partidos Comunistas que están luchando por adaptar el comunismo a la social-democracia". No puede haber duda de que para estas gentes el Frente Popular significaba algo muy diferente de lo que sig-

nificaba para nosotros. Para nuestro Partido Comunista el Frente Popular significaba una alianza militante de la clase obrera con el resto del pueblo trabajador de la ciudad y del campo, significaba una lucha de las masas contra la reacción en todas sus formas, una lucha contra la guerra, una lucha por mejores condiciones para el pueblo trabajador y por la protección de las libertades democráticas. Jalones de este movimiento fueron las enormes demostraciones del 9 y 12 de febrero de 1934, las huelgas en París y en las provincias, la acción de los trabajadores del servicio civil, y la resistencia colectiva presentada por los campesinos a la venta forzosa de sus propiedades en pública subasta. El Frente Popular respondía a los intereses de la clase obrera y del pueblo trabajador, a los intereses del proletariado internacional; y la lucha por la paz, por la organización de la seguridad colectiva sobre la base de las proposiciones repetidamente formuladas por la Unión Soviética, respondía a las necesidades comunes del gran país del Socialismo, del pueblo de Francia y de la población trabajadora de todos los países.

Estos traidores, por otra parte, miraban evidentemente el Frente Popular nada más que como un estribo conveniente para la satisfacción de su ambición personal. Todos estos carreristas vieron que era la oportunidad de llegar a ser electos y de alcanzar la posición de alcaldes, de diputados en el Parlamento y hasta de ministros. Trataron de hacer que el Partido colaborara con la burguesía, de entrar en la colaboración de clases, llamada por Lenin la esencia del oportunismo. Así por ejemplo, lo que primero nos hizo tener sospechas de Gitton, que resultó ser un agente policíaco, fué su constante y fanática insistencia de que deberíamos pedir participación en el gobierno. Es claro también que en cuestiones de política exterior estos traidores habían abandonado la posición de la clase obrera por la de los imperialistas, y trataban de convertir nuestra lucha por la paz al lado de la Unión Soviética en una política de apoyo al comercio imperialista de la guerra de la burguesía francesa.

Y, finalmente, parece que la pura cobardía tuvo participación en esto también. Son pusilámines, que tienen miedo de la persecución, de la cárcel o de los campos de concentración y prefieren coger los treinta dineros de Judas. Lamen las botas del gobierno de un modo repugnante. Se han hundido más todavía que los políticos socialistas, y eso es decir bastante. Así, por ejemplo, Soupé está vociferando en favor de la guerra "contra la raza teutona". Se ha apoderado de las repugnantes teorías raciales que les revuelven el estómago a todos los trabajadores, a toda persona decente. Saussoy, ese otro traidor, fué el primero que se lanzó sobre nuestro fiel camarada Bonte en la Cámara cuando éste fué agarrado y echado fuera del recinto, —tan ansioso estaba de probar su celo a sus amos, de ganar el "honor de continuar siendo uno de los políticos que están

gritando "muera el comunismo!" Yo agregaría que hace tiempo Soupé, Sausnot y algunos otros de estos traidores, —Brout, Vallat y Dewez—, fueron llamados a cuenta por el Partido a causa de su vida disoluta y desordenada, que, como es evidente ahora, los hizo convertirse en agentes de la policía.

Dwez es particularmente conocido entre los canallas que positivamente se gozan de esparcir las más desvergonzadas calumnias contra nuestro Partido. Estos son los agentes directos de la policía que eran, o espías cuando ingresaron al Partido y recibieron instrucciones especiales de hacerlo así, o han sido chantajeados para que entren a los servicios de la policía como resultado de su vida privada pervertida. En una ocasión Dewez fué severamente censurado por el Partido a causa de su debilidad por la bebida y de sus otros malos hábitos. Se dió golpes de pecho y cometimos el error de creer que era sincero. Sin embargo, no fué así, estaba simplemente mintiendo para conservarse en nuestro grupo del Parlamento y continuar allí desempeñando su papel de agente provocador. Se hizo la declaración en la Cámara de que Dewez "se había separado él mismo "del Partido" desde el 26 de Octubre. Ninguno de los Diputados que fueron movilizados para el ejército ni ninguno de los funcionarios del Partido supo de eso hasta enero.

Otros de estos espías policíacos son Nizan y Gitton. El primero ha tenido la satisfacción de desempeñar en la vida real el desgraciado papel de Pluvinage, el espía policíaco que hace figurar en su última novela. Este cobarde y servil Nizan-Pluvinage estaba dispuesto a revolcarse en el lodo para engañar a las presuntas víctimas de su espionaje. El ha ganado laureles especiales en los salones donde el cinismo y la desvergüenza son signos de distinción. En cuanto a Gitton, inveterado delator, fué inadvertidamente descubierto por la torpeza de un superceloso comisario de policía mientras trataba de penetrar en el aparato de la organización ilegal del Partido.

Aunque es cierto que el Comité Central debió actuar más enérgicamente con respecto a estos flamantes traidores, también es cierto que nunca confió en ellos. La constante tendencia de Gitton a agriar las discusiones y a hacerlas hostiles al Partido y a la Internacional nos hacía no perderle palabra. Empezamos a observar sus métodos más estrecha y críticamente y comenzamos a notar que su antagonismo para muchos funcionarios honestos y de confianza era deliberado, y que el apoyo que daba a toda clase de individuos dudosos daba lugar a la sospecha. Entonces recordamos que mientras el resto de nosotros había sido arrojado a la cárcel u obligado a vivir bajo nombres falsos, Gitton había sido "promovido" a diversas posiciones dirigentes por el grupo Barbé-Celor. Mientras estábamos recogiendo pruebas de su traición, lo íbamos apartando gradualmente de las funciones que se le habían confiado. El 20 de Mayo de 1939, en la última reunión legal del Comité Central, el in-

forme de organización fué presentado por un miembro del Comité Central que era digno de la confianza de nuestro Partido.

El Partido debió haberse librado más pronto de oportunistas como Vassart y Gaymann, de carreristas como Capron, de degenerados como Dewez. Pero estos canallas siempre usaron la más vergonzosa hipocresía para engañarnos. En varias ocasiones hicimos a Vassart y a Gaymann una severa crítica política. El primero fué separado del Buró Político y de todo el trabajo de organización, aun antes de los sucesos de Febrero de 1934, cuando apoyó al renegado Doriot. Gaymann, que se había opuesto a la táctica del frente unido desde la "Izquierda" en 1922 y en 1927 se había colocado en la derecha y se opuso a nuestra táctica electoral de "clase contra clase", fué separado del Comité Central y después también de su trabajo en la Dirección de *L'Humanité*. Pero cada vez que estos individuos sentían que pisaban en falso y veían que su embestida no sólo fracasaba sino que se colocaban mal a los ojos del Partido, rápidamente se batían en retirada. Cumpliendo las órdenes de sus amos, capitulaban a fin de mantenerse en el Partido y estar en posición de continuar su sabotaje dentro de él. Ocultaban su repugnante traición bajo la máscara de la ambigüedad y hacían innumerables declaraciones de lealtad al Partido mientras en realidad se preparaban para su próximo ataque.

El Partido y el Comité Central no deben olvidar las lecciones de esta nueva etapa de nuestra lucha contra el enemigo de clase y los agentes que hábilmente introduce entre nosotros.

La primera lección está claramente formulada por Lenin cuando dijo que es altamente beneficioso para el proletariado que la historia esté haciendo este trabajo preliminar de depurarlo antes de la revolución socialista y no durante esa revolución.

El Partido se hace más fuerte depurándose y echando fuera de su seno a todos los traidores, oportunistas, capituladores y agentes provocadores.

“Los partidos proletarios se desarrollan y se hacen fuertes depurándose de oportunistas y reformistas, social-imperialistas y social-chovinistas, social-patriotas y social-pacifistas”. (Stalin).

La segunda lección, hacia la cual Stalin llama constantemente nuestra atención, es la que se refiere a la necesidad de aumentar nuestra vigilancia revolucionaria, —una cualidad que él ha descrito como particularmente necesaria para los bolcheviques. ¿Será necesario decir que esto también se aplica igualmente a los comunistas franceses, quienes están ansiosos de obtener el honroso título de bolcheviques? Todo el Partido, y especialmente su directiva, debe ser más severo con aquellos que están siempre “cometiendo errores”, y cuyos errores no son por lo tanto casuales, ni accidentales, sino un sistema, toda una política hostil al Partido y a la clase obrera. Mientras que es cierto que debemos dedicar mayor cuidado que nunca al desarrollo de nuestros funcionarios y ayudarles a corregir sus

errores, es también cierto que debemos al mismo tiempo arrojar del Partido sin piedad ni titubeos a todos los individuos en quienes no se pueda confiar, a todos aquellos que están constantemente colocados en la oposición. Además, debemos tomar providencias para que sean aplicadas estrictamente las instrucciones del camarada Stalin en lo que respecta al control regular sobre el cumplimiento de todas las decisiones del Partido por parte de cada uno de los miembros y organizaciones del mismo.

Y en tercero y último lugar, es una lección de la mayor importancia la que se refiere a que debemos luchar más vigorosamente y en todo tiempo por la aplicación y adaptación a la práctica de la línea general del Partido. En el XVI Congreso del Partido Bolchevique el camarada Stalin dijo:

“En la lucha contra las desviaciones de la línea leninista es que ha crecido nuestro Partido y ha cobrado fuerzas. En la lucha contra las desviaciones es que ha podido forjar la **unidad leninista** de sus filas.”

Nosotros estaremos en condiciones de decir lo mismo con respecto a nuestro Partido Comunista de Francia, cuando hayamos asimilado por completo las enseñanzas de Lenin y Stalin, y nos hayamos esforzado vigorosamente por mantener la pureza de los principios marxista-leninistas en nuestras filas, a la vez que hayamos desarrollado y ampliado la línea general trazada por los Congresos de nuestro Partido y por los Congresos de la Internacional Comunista.

El estallido de la guerra imperialista ha traído consigo un nuevo período de luchas revolucionarias. Los enemigos capitalistas están utilizando en contra nuestra, en contra de la clase obrera y su Partido Comunista, los servicios de los traidores y los renegados. El amo está silbando a su jauría, echándole huesos, regalándole collares de fantasía, y azuzándola para que se lance contra la población trabajadora. Pero la recepción que se le da consiste en una patada en el trasero, tal como varios de ellos lo han podido comprobar literalmente en la práctica. Porque en realidad es grande la ira del proletariado hacia los cobardes, los judas, los provocadores. Con desprecio y repugnancia, los obreros y los hombres dignos escupen a la cara de estos traidores.

Por lo que respecta a nuestro Partido Comunista, unido, fuerte, abnegado y leal a la clase obrera y a la Internacional Comunista, a la causa de Lenin y Stalin, conducirá las masas trabajadoras de Francia hacia la unidad revolucionaria y a la lucha revolucionaria contra la guerra y el capitalismo, a la lucha por la paz y el socialismo.

JOSE DIAZ,

Las Lecciones de la Guerra del Pueblo Español

(1936-1939)

Durante tres años aproximadamente el pueblo español estuvo empeñado en una lucha sangrienta, peleando con las armas en la mano por defender la independencia de su país y los derechos sociales que tan arduamente había logrado conquistar. Durante casi tres años el pueblo español combatió heroicamente y soportó grandes sacrificios. Pero fué derrotado. Sin embargo, la derrota no es sino temporal. A pesar del terror sangriento reinante, la dictadura de la burguesía y de los terratenientes reaccionarios que ahora gobierna a España, no puede hacer desaparecer las causas que llevaron a la lucha al pueblo español; no puede apaciguar el odio que siente el pueblo español por este régimen opresor y reaccionario. La clase obrera, el campesinado y los trabajadores españoles en general, así como los pueblos oprimidos de Cataluña y el país vasco, han vivido días más felices; ya saben lo que es vivir sin grandes capitalistas y terratenientes. El pueblo español está librando una batalla bajo nuevas condiciones; está juntando y reuniendo sus fuerzas, se está preparando para emprender nuevas batallas, una vez vencidas las dificultades de la situación actual.

La guerra justa del pueblo español constituyó uno de los más importantes y sobresalientes sucesos dentro del movimiento internacional por la emancipación de las masas trabajadoras desde los tiempos de la Revolución Socialista victoriosa en Rusia en Octubre de 1917. Ha enriquecido a la clase obrera y a los pueblos oprimidos de los países capitalistas y las colonias con valiosas experiencias para la lucha contra la reacción interna y externa, en contra de la coerción, la opresión y la explotación.

La Revuelta Militar y la Lucha Armada del Pueblo Español en Defensa de la Li- bertad y la Independencia.

Después de la victoria del pueblo en las urnas electorales el 16 de Febrero de 1936, los partidos políticos pequeño-burgueses y el Partido Social-Demócrata de España no tuvieron ni el valor ni la habilidad necesaria para emprender la ofensiva contra las fuerzas de la reacción. La contra-revolución se aprovechó en todo lo que

pudo de las vacilaciones, la debilidad y la cobardía de estos partidos y alzó su cabeza facciosa, buscando evitar que se extendiera el movimiento revolucionario a todo el país.

El 18 de julio estalló un motín provocado por una sección de la camarilla militar que representaba los intereses de la reacción semi-feudal, de los grandes terratenientes, de la jerarquía eclesiástica, la oligarquía financiera y la reacción extranjera. Su objetivo era claro: querían obtener lo que los reaccionarios no habían podido lograr en la revuelta del general Sanjurjo en 1932, la abolición de la República española, la supresión de las libertades nacionales de los catalanes y los vascos, la anulación de las conquistas políticas, económicas y culturales de la población trabajadora, la restauración completa del poder y los privilegios de los terratenientes, de la jerarquía eclesiástica y de los grandes capitalistas, y por último, el establecimiento de un régimen reaccionario y una dictadura terrorista.

Las masas trabajadoras, el pueblo español, se lanzaron al campo de la resistencia armada.

Esta guerra civil, como se la llamó, pronto se transformó en una guerra por la defensa de la independencia nacional y los derechos políticos de los pueblos de España, en una guerra por la protección y extensión de las conquistas sociales y culturales del pueblo trabajador.

En el proceso de esta lucha el pueblo español sufrió un cambio profundo, así como también la vida económica y política del país, que había comenzado a andar por la ruta del progreso.

En los campos de España se efectuó una verdadera revolución, allí donde los campesinos gemían a causa de la servidumbre a que los tenían sometidos los señores semif feudales. Más de cuatro millones de hectáreas de tierra fueron confiscadas a los terratenientes, a la Iglesia y los monasterios, y entregadas gratuitamente a los campesinos. Las deudas de los campesinos fueron anuladas y se les proporcionó crédito, semillas y maquinaria agrícola.

La clase obrera obtuvo considerables aumentos de salario; fueron aprobadas leyes de protección al trabajo. Los obreros tomaron parte en la administración de las fábricas y las ramas más importantes de la economía nacional. La clase obrera se convirtió en la más fuerte potencia del país y garantizó la reconstrucción de la vida económica nacional, que había estado al borde de la ruina a causa de la revuelta contra-revolucionaria.

Durante la guerra los pueblos de Cataluña y del país vasco consolidaron y desarrollaron sus libertades nacionales.

En lugar del antiguo ejército, que no había sido sino un instrumento de la reacción, se formó un verdadero ejército del pueblo para proteger los intereses populares.

Las mujeres adquirieron iguales derechos que los hombres y empezaron a tomar participación activa en la vida política y económica del país.

La juventud conquistó oportunidades de educación y de ejercitarse para un futuro en un país libre e independiente. La cultura dejó de ser un privilegio de clase. Las escuelas y las universidades abrieron sus puertas al pueblo.

Todo el trabajo constructivo de la España Republicana y todas las conquistas sociales que se obtuvieron durante el período de la guerra descansaron principalmente en la alianza de la clase obrera con el campesinado y la pequeña burguesía urbana, unidos bajo la bandera del Frente Popular.

El Frente Popular, que se creó como un resultado de la experiencia obtenida en la lucha armada de Octubre de 1934, aumentó la conciencia del pueblo español en su propia fuerza, elevó el nivel político de las masas hasta una altura nunca alcanzada e indujo a nuevas capas de la población a unirse a la guerra nacional-revolucionaria por la defensa de la República. La creciente complejidad de la situación interna y externa durante este período confirmó la correcta política del Frente Popular, la política de unidad nacional para la lucha del pueblo en defensa de su independencia y su libertad en contra de las fuerzas de la reacción.

El Frente Popular constituyó una forma adecuada al desarrollo de la revolución durante este período.

España, que en los comienzos de la lucha era una república de tipo democrático-burgués, se desarrolló en el curso de la guerra hasta convertirse en una república popular, una república donde no existían grandes capitalistas, terratenientes y reaccionarios, una república apoyada por las masas populares y por un ejército regular del pueblo.

España se convirtió en una república dentro de la cual las masas tuvieron la oportunidad y el derecho de tomar participación en la orientación de la vida económica y política del país, en una república dentro de la cual, a pesar de que se mantenía la propiedad privada de los medios de producción, las grandes industrias, los bancos, y el sistema de transportes fueron nacionalizados, la tierra de los grandes terratenientes fué confiscada, y se crearon empresas cooperativas y colectivas sobre bases voluntarias, en una república dentro de la cual la ayuda fundamental era proporcionada a los obreros y campesinos por el Estado.

A la vez que defendían sus propias libertades e intereses, los trabajadores españoles también defendían los intereses y las libertades de todas las naciones en contra de la reacción mundial.

La lucha de la España revolucionaria se convirtió en la causa vital de las masas laboriosas de todos los países. Despertó fuerzas considerables entre la clase obrera y sus aliados y estaba dirigida en contra de la reacción burguesa, en contra de la agresión capitalista y de la guerra imperialista.

La lucha armada del pueblo español constituyó un importante factor en el reagrupamiento de las fuerzas de la clase obrera y de

los trabajadores en general, también en otros países, ayudando a desenmascarar el verdadero significado de la "democracia" burguesa. Hizo ver quiénes eran los amigos y quiénes los enemigos del pueblo, aumentó la confianza de las masas en su propia fuerza y agrupó al pueblo alrededor del Partido Comunista, el único defensor consecuente de la España revolucionaria.

La actitud de los Estados "democráticos" ante la lucha del pueblo español.

Toda la política de los gobiernos "democráticos" de la Francia y la Inglaterra imperialistas estuvo inspirada por la determinación de evitar la victoria del pueblo español. Una España revolucionaria hubiera imprimido un poderoso ímpetu a la lucha de la población trabajadora por la emancipación del yugo capitalista. Según la opinión de los imperialistas británicos y franceses, esto tenía que ser evitado a toda costa. La política de la "no intervención", que fue trazada con ese propósito, alcanzó su cima en la conspiración de Munich. Bajo el pretexto de la "neutralidad" y de localizar el conflicto, los traficantes de guerra europeos llegaron hasta el establecimiento de un bloqueo completo del territorio republicano, y por último, hasta la intervención militar directa a fin de aplastar la resistencia de la República Popular.

Fue con este propósito que a los voluntarios que peleaban en las brigadas internacionales se les ordenó que salieran de España y que se organizaron los ataques por parte de la marina británica en connivencia con Francia para obligar al baluarte republicano de Minorca a rendirse. Fue con el mismo propósito que miles de luchadores republicanos que cruzaron las fronteras de Francia y esperaban la oportunidad de regresar a la zona central de guerra en España, fueron desarmados por el gobierno francés y confinados en campos de concentración. Pero esto no era suficiente para los imperialistas ingleses y franceses. A fin de aplastar completamente a la República los imperialistas fabricaron la conspiración de la Junta Casado-Miaja, que debía arrebatar las armas de las manos del pueblo español para lanzarlo bajo el yugo sangriento de una dictadura de burgueses y terratenientes.

De no haber sido por la efectiva ayuda que recibió Franco de los reaccionarios británicos y franceses y de los dirigentes social-demócratas, la España revolucionaria no hubiera sido nunca derrotada.

Todo desarrollo histórico, así como los sucesos de los tiempos recientes, confirman lo que el camarada Stalin decía en 1917:

"El capitalismo británico fue, es y siempre será el más rabioso estrangulador de las revoluciones populares. Desde la gran Revolución francesa de fines del siglo XVIII hasta la actual revolución en China, la burguesía británica siempre estuvo y todavía está colocada

en la vanguardia para aplastar los movimientos de emancipación de la humanidad". (José Stalin, **En la Oposición**).

Contrastando con la política de esos países "democráticos", Inglaterra y Francia, política que deleitaba a los enemigos de nuestra causa, la gran tierra del Socialismo proporcionó ayuda moral y política al pueblo español en su guerra desde el principio hasta el fin. Día tras día la poderosa voz del pueblo soviético pedía ayuda para el pueblo español. Este contraste ha ayudado a hacer todavía más clara la verdadera naturaleza de la "democracia" burguesa.

Los Partidos Comunistas, leales al internacionalismo proletario, acudieron a las masas para pedirles que defendieran al pueblo español. Formaron brigadas internacionales que hicieron gala de un valor magnífico, de solidaridad y abnegación en la defensa de los intereses de la clase obrera.

Pero la clase obrera de los países capitalistas no pudo prestar una ayuda adecuada. Fueron los líderes traidores de la Segunda Internacional quienes evitaron que así se hiciera. A fin de aplastar el frente de la reacción en contra de la España revolucionaria, se requería una acción conjunta, enérgica y consistente, de las organizaciones internacionales de la clase obrera. Pero los dirigentes de la Segunda Internacional no deseaban la derrota de las fuerzas de la reacción. Fué así como rechazaron todas las proposiciones de la Internacional Comunista para concertar una acción conjunta de la clase obrera.

La clase obrera de los países capitalistas sacó sus conclusiones de estos hechos. Vió que mientras los social-demócratas en los gobiernos de Francia, Bélgica, Suecia, Noruega y Dinamarca defendían los intereses de los capitalistas, los comunistas y los pueblos de la Unión Soviética marchaban codo con codo junto con la República Popular Española y con la población trabajadora. El proletariado tuvo una oportunidad más para convencerse de que los comunistas y la Internacional Comunista, el gran Partido mundial de Lenin y Stalin, defendían la causa de los trabajadores y la seguirán defendiendo consecuentemente hasta el fin.

¿Cuál fué la situación de España?

Hasta 1936 la clase obrera de España se encontraba dividida en un grado extraordinario y aislada del campesinado y la pequeña burguesía urbana.

La victoria obtenida en las elecciones del 16 de Febrero de 1936 creó la oportunidad para una acción unida del proletariado, el campesinado y las clases medias urbanas que, inspiradas por el deseo común de derrocar el poder de la reacción, unieron todas sus fuerzas. Mediante esta unidad fué posible movilizar las masas para una lucha enérgica en contra del **putsch** militar. Las masas, que no poseían ninguna organización militar, ni armas, obtuvieron grandes

victorias en varios centros importantes del país y organizaron la resistencia para combatir las fuerzas de la reacción. El resultado de esta unidad de lucha, en la cual el Partido Comunista constituyó la fuerza propulsora, fué el Frente Popular. Pero la base de esta unidad de lucha no era suficientemente firme; su médula, la clase obrera, estaba dividida.

El Partido Comunista fué el único partido que se dió cuenta de la importancia de asegurar la unidad de la clase obrera. Es por esto por lo que el Partido Comunista se esforzó tan empeñadamente por la creación de una central sindical única. Pero los dirigentes "socialistas" y anarquistas trabajaron continuamente para que no se alcanzara esta finalidad, pues sabían que el efecto que tal unidad tendría sería el de fortalecer la influencia de los comunistas en los sindicatos y que conduciría a la victoria sobre las fuerzas de la reacción.

Los comunistas redoblaron sus esfuerzos por crear un partido único de la clase obrera basado en los principios del marxismo-leninismo. Pero los dirigentes "socialistas" se opusieron continuamente a la formación de tal partido, que hubiera asegurado la hegemonía del proletariado en el Frente Popular y en el gobierno.

Debido a la falta de unidad en el movimiento de la clase obrera española pudieron los partidos políticos de la pequeña burguesía jugar un papel que estaba fuera de toda proporción con respecto a su influencia y fuerza reales. Fué esto lo que debilitó la eficiencia combativa del ejército republicano, impidió la adopción de una determinada política económica y la expansión de la industria de municiones tan absolutamente esenciales en tiempos de guerra, dejando manos libres a todos los enemigos del Frente Popular. Fué la falta de unidad entre el proletariado lo que impidió la formación de un gobierno popular fuerte, capaz de conducir la guerra nacional-revolucionaria con la firmeza necesaria.

La cabal impracticabilidad de la "teoría" y táctica de los anarquistas llegó a hacerse evidente durante esta guerra. Todo el curso de la revolución popular reveló cuán indefendibles, falsos y contrarrevolucionarios fueron ellos. Los experimentos "anarco-comunistas" de los anarquistas consistieron en la formación forzada de granjas colectivas y en la expropiación, el robo y hasta el asesinato de campesinos y artesanos. Los anarquistas abandonaron el frente y abrieron el paso al enemigo. Se convirtieron en una fuerza armada de la camarilla Casado-Besteiro-Miaja. La actividad de ciertos dirigentes anarco-sindicalistas se redujo por completo a salvar a los falangistas.

Los trotskistas, esos bandidos, pusieron todas sus actividades a disposición de los reaccionarios y de los servicios de espionaje extranjeros. Entregaron secretos militares al enemigo, le franquearon la entrada y de acuerdo con los provocadores anarquistas y en cons-

piración con Franco, lanzaron el putsch contra-revolucionario de Barcelona en Mayo de 1937.

En este trabajo de desorganización y desmoralización tomaron parte los partidarios sin principios del dirigente "socialista" Largo Caballero, que se apoyaban en los provocadores anarquistas y en los aventureros, poniendo en juego los "argumentos" trotskistas. Los partidarios de Largo Caballero trataron de dividir la central sindical, —la Unión General de Trabajadores—, y la Juventud Socialista Unificada. Hicieron todo lo que les fué posible por forzar a los republicanos a capitular, y tras la traidora deserción de Besteiro-Casado-Miaja, en Madrid, estaban sus asquerosas manos.

Los líderes de las diversas "tendencias" en el Partido Socialista Español y en los otros partidos de la Segunda Internacional, continuaban su política oportunista y anti-proletaria. Sin tomar en cuenta las diferencias de opinión que prevalecían entre ellos, se encontraban unidos por su odio al comunismo.

Los dirigentes socialistas españoles no tenían fe en la fuerza de la clase obrera y negaban su papel dirigente en la lucha, trayendo esto como resultado que tomaron el camino de la capitulación y la traición, en lo cual fueron estimulados por sus colegas de la Segunda Internacional. El Partido Socialista Español perdonó todos los delitos y crímenes contra la clase obrera. Faltaba por completo el control. Todos los ministros socialistas en el gobierno hacían lo que les venía en gana. No hubo una línea política clara, no hubo disciplina de partido, ni responsabilidad personal. El Partido Socialista tenía hombres como Prieto, que demandaba la hegemonía de la burguesía en la lucha revolucionaria del pueblo español; a Besteiro, que se rebeló en Madrid contra el gobierno de Negrín, que representaba a la mayoría socialista; y a Caballero, que andaba constantemente mezclado en actividades subversivas y en acciones provocadoras contra el Partido Comunista y el ejército popular.

Durante la guerra el pueblo español llegó a conocer muy bien a estos traidores. No es sin razón que hace responsables de su derrota, principalmente a los dirigentes del Partido Socialista.

El Partido Republicano siempre había vacilado. Su miedo por la emancipación del pueblo y el desarrollo de una revolución popular había tendido siempre a llevarlo por el camino de la reacción escudado tras el lema: "La república ebe ser guiada por republicanos" Estaba ansioso de desplazar a la clase obrera de sus posiciones dirigentes, obstruccionaba en todos los sentidos las actividades del gobierno del Frente Popular, que ya eran bastante inadecuadas, y donde quiera que podía impedía la adopción de medidas estrictas en contra del enemigo.

Influenciados muchos de los representantes del Partido Republicano por los gobiernos de Francia e Inglaterra, se convirtieron en porta-estandartes de la capitulación. Habiendo adoptado esta conduc-

ta, algunos de ellos desertaron de sus puestos en los momentos cruciales, mientras que otros se unían a las fuerzas de la camarilla militar de Casado-Besteiro-Miaja.

* * *

Los diversos gobiernos de la república española reflejaron ampliamente las tendencias de estos partidos y de estos individuos.

Una política firme, que respondiera a las necesidades de la guerra nacional revolucionaria, era absolutamente esencial para la victoria de la república popular española. En la industria, en la agricultura, en los transportes, en el abastecimiento, en la organización militar, en el adiestramiento militar de toda la población, en la política exterior, en las finanzas y en el orden público, por donde quiera se requería una política implacable contra los intrigantes y los capituladores.

Pero tal política hubiera necesitado **un nuevo aparato de gobierno que correspondiera al carácter popular de la república.**

No obstante esto, el antiguo aparato del gobierno no fué completamente destruído; continuó existiendo, en parte, aun durante la guerra, y en los momentos decisivos actuó contra los intereses del pueblo.

Sólo un gobierno capaz de enfrentarse a las dificultades sin vacilación, hubiera podido dominar esta complicada situación, tomar el timón firmemente en sus manos y seguir la política exigida por las circunstancias. Los comunistas sabían que la forma ideal de tal gobierno era la dictadura del proletariado. Pero ya que se trataba de una guerra por la liberación nacional, ya que era necesario unir los amplios sectores del pueblo, no sólo en territorio republicano, sino también en el territorio dominado por Franco, puesto que era necesario atraer a la clase media de Cataluña y del país vasco, ganar la victoria militar sobre el enemigo y asegurar el apoyo para la España republicana, no sólo por parte del proletariado internacional, sino por parte también de las capas no proletarias, el establecimiento de la dictadura del proletariado bajo tales circunstancias resultaba imposible.

El haber intentado establecer la dictadura del proletariado hubiera significado saltar una etapa necesaria del desarrollo; hubiera disminuido la base social de la lucha del pueblo español y hubiera facilitado más a la reacción internacional la destrucción del movimiento revolucionario en España.

Por eso es por lo que los comunistas españoles no hicieron un llamamiento para el establecimiento de una dictadura del proletariado, sino para que se formara un gobierno popular combativo capaz de unir en la lucha a todas las fuerzas del pueblo español bajo la dirección de la clase obrera. Pero no se formó un gobierno semejante, aunque existían todas las posibilidades de formarlo.

Los capituladores, los intrigantes y los reaccionarios permanecieron ocupando los puestos principales en el aparato gubernamental de la república española, y sus gobiernos no fueron verdaderos gobiernos populares revolucionarios de tiempo de guerra.

El primer gobierno, integrado por representantes de los partidos republicanos, ni siquiera intentó enfrentarse a problemas como los de la organización del ejército, el mantenimiento del orden público en la retaguardia, la producción y otros. El hecho de que el gobierno no careciera de una orientación apropiada y una política firme y de que no fuera suficientemente enérgico no era un secreto para el enemigo, que se aprovechó de ese hecho para conquistar un cierto número de provincias españolas.

El segundo gobierno, encabezado por Largo Caballero, no estaba en condiciones de dominar completamente esa complicada situación. Largo Caballero era enconadamente hostil a la unidad revolucionaria de la clase obrera. Como enemigo que era del comunismo y de la Unión Soviética, despreciaba a las masas y a sus iniciativas y depositó completa confianza en incompetentes expertos militares que no la merecían. Manteniendo obstinadamente esta opinión, Caballero impidió la formación de un poderoso ejército republicano e hizo cuanto pudo para contrarrestar los esfuerzos que en este sentido hacía el Partido Comunista, que bajo la forma del 5o. Regimiento había creado las bases firmes que se necesitaban para una organización militar. Todas las actividades de Caballero corrían en dirección contraria a todo lo que demandaban los intereses de la victoria sobre los reaccionarios. Su trayectoria fue de constantes compromisos y capitulación. Caballero fue derrocado por las iras del pueblo.

Luego vino el Gobierno de Negrín-Prieto. La conducción de los asuntos militares estaba por completo en las manos de Prieto. Empezó por introducir el principio de "representación proporcional" en el Estado Mayor del ejército y colocó a toda una serie de incompetentes y cobardes a la cabeza de los grupos militares. Al negarse a realizar una purga del comando militar y al colocar a sospechosos individuos en puestos de responsabilidad protegió a los derrotistas y al enemigo. El odio de Prieto a los heroicos comunistas, que habrían salvaguardado la existencia del departamento de comisarios de guerra, en los momentos más difíciles, condujo al colapso de éste y a su transformación en una institución burocrática. Los valerosos comisarios que habían sido sometidos a la prueba de fuego, fueron reemplazados por una horda de incompetentes sin firmeza, fe ni entusiasmo revolucionario. Prieto llegó hasta el punto de prohibir la distribución de propaganda entre las fuerzas del enemigo.

El Partido Comunista fue el único Partido que desarrolló actividades entre las tropas del enemigo y en su retaguardia; fue el único que sistemáticamente se enfrentó y venció las dificultades

causadas por el gobierno a la república y al ejército. La victoria de Teruel, que fué una de las derrotas más severas que experimentó el enemigo, no se pudo aprovechar debido a que no se había hecho nada para crear reservas, y a causa de la insensata y criminal orden de que se retiraran nuestras fuerzas, la fortaleza se perdió. La política de Prieto, además condujo al desmoronamiento de todo el frente oriental y a la escisión de la zona republicana en dos partes. Sus ruinosas actividades podían ser observadas también en la forma en que rendía los partes militares, en los cuales frecuentemente anunciaban pérdida de terreno, poblaciones y posiciones antes de que realmente hubieran sido capturadas por el enemigo, dislocando así la verdadera correlación de fuerzas en favor del enemigo. El pueblo y los hombres movilizados en el frente, que se daban cuenta del grave peligro que amenazaba al país y que conocían el hecho de que el gobierno se estaba desmembrando a causa de las actividades capitulacionistas de Prieto, demandaron la formación de un nuevo gobierno para salvar la situación. En respuesta a los deseos expresados por el pueblo y los hombres que habían sido movilizados al frente, Negrín destituyó a Prieto del Ministerio de la Defensa Nacional y formó un gobierno de unidad nacional guardando para sí Negrín las funciones de Ministro de Guerra y recibiendo por lo tanto la herencia de la desastrosa política de Caballero y Prieto.

El nuevo gobierno hizo enérgicos llamados al pueblo y al ejército para combatir la capitulación y pelear en defensa del país. Formuló los interesantes dieciocho puntos como base para la unidad de todo el pueblo en la lucha por la independencia. Estos puntos incluían: la salvaguardia de la independencia de España; la expulsión de las fuerzas de intervención; formación al finalizar la guerra de la república popular democrática mediante la libre expresión de la voluntad del pueblo, es decir, mediante un plebiscito; respeto a los derechos nacionales y a las libertades de los pueblos que habitan a España; inviolabilidad de las personas y libertad de conciencia; garantía para los pequeños propietarios; una radical reforma agraria incluyendo la abolición de las grandes propiedades y entregando la tierra a los que la cultivan; legislación social progresista; formación de un ejército popular.

El nuevo gobierno Negrín restauró el quebrantado frente oriental y mejoró la organización del ejército, que pocos meses antes había peleado tan heroicamente en el Ebro.

Negrín siguió una política de resistencia, pero no lo hizo firmemente; hizo concesiones a los enemigos de esta política. No llevó a cabo la completa depuración del ejército, de la armada y del aparato de gobierno, en lo cual insistían los comunistas. Toleró la atmósfera de impunidad creada por sus predecesores, y no tomó medidas para combatir el sabotaje a la concentración de reservas y a los trabajos de fortificación.

Los resultados de esta política contradictoria no se hicieron esperar. El Ejército Republicano, que bajo el mando de abnegados y leales oficiales, había hecho maravillas de madurez y de eficiencia militares en el Ebro, —para no mencionar la fusión efectuada bajo el mando de los comunistas—, estuvo incapacitado pocos meses después para asestar un serio golpe al enemigo y rechazar sus ataques, lo que condujo a la pérdida de Cataluña.

Pero aún la pérdida de Cataluña no significaba todavía el fin de la resistencia de la república popular española, ya que los comunistas, con pleno sentido de su responsabilidad, sostenían el pueblo y el ejército. Los hombres que habían sido forzados a retirarse de Cataluña a territorio francés luchaban por todos los medios para volver a la zona central de España. No obstante el hecho de que el Gobierno francés reaccionario impidiera a los combatientes regresar a España, no obstante la fatiga de la guerra y las graves dificultades, la determinación del pueblo español en el centro y en el sur, de continuar la defensa, estaba intacta. La resistencia era posible; y la resistencia hubiera influido en la situación internacional y la hubiera modificado a favor de la república, como había sucedido antes en tales casos. Era posible oponer resistencia al enemigo y, en el peor de los casos, obtener una paz que hubiera salvado la independencia de la república española y la libertad del pueblo español, y no hubiera venido a parar en el asesinato de muchos de sus mejores hijos. Este era, en efecto, el propósito de los tres puntos propuestos por el gobierno y aprobados por las Cortes (parlamento) en Figueras, —la independencia de España, garantía del derecho del pueblo a la libre autodeterminación por medio de un plebiscito, y no represalias—, que fueron concebidas para asegurar una terminación incondicional de la lucha.

* * *

La traición ya había empezado a trabajar mucho antes de los acontecimientos de Marzo de 1939. Durante las operaciones de las tropas republicanas en el Ebro ya no había duda de que la mano de la traición se estaba moviendo, y esto se hizo más claro aún durante el ataque del enemigo sobre Cataluña. Los traidores estaban atrincherados en los cuarteles generales de los ejércitos del centro y del sur. Esta fue también la razón de las subterráneas actividades saboteadoras que acompañaron a las operaciones emprendidas para socorrer a Cataluña, tanto durante la lucha en el Ebro, como durante el ataque a la misma Cataluña.

Los saboteadores se atrincheraban no solamente en los cuarteles generales del ejército en la zona central, sino también en el cuartel general del Estado Mayor General.

Estrechamente ligados a ellos trabajaban los capituladores y los traidores que habían llegado a posiciones estratégicas en el gobierno y en el ejército, —los trotskistas, los caballeristas y los provocadores de la F. A. I. anarquista. Empezaron una campaña

derrotista e hicieron cuanto pudieron para desacreditar al gobierno, sobre el cual hacían recaer toda la culpa de las derrotas militares. Provocaron inquietud en el pueblo, diseminaron rumores para confundir las mentes de las masas, trataron de romper la unidad del ejército, apoyaron las actividades subversivas de los espías y traidores de la Quinta Columna en territorio republicano, y atacaron salvajemente a los comunistas.

Cuando, bajo la presión del Partido Comunista, Negrín por fin (tres días antes de la revuelta de Casado) se dispuso a tomar ciertas medidas contra los instigadores de la traición, los traidores apresuraron la hora de la rebelión.

La bandera de la monarquía fué enarbolada en Cartagena. Fueron eliminados varios miles de hombres del ejército republicano, incluyendo dirigentes comunistas. Pero la flota se dió a la huida después de que los marinos comunistas habían sido arrestados; y la pandilla de Casado-Besteiro consumó el golpe traicionero en Madrid y empezó a ejercer salvajes represalias contra los comunistas. Estos opusieron una firme resistencia, y hubieran podido sofocar la rebelión si el enemigo, en complicidad con los traidores, no hubiera atacado el sector del frente que estaba al mando de los comunistas.

En otros frentes los traidores amenazaban con dar paso al enemigo si los comunistas procedían contra la pandilla Casado-Besteiro-Mioja. Veintitrés días después esta pandilla rindió el frente al enemigo y abandonó al pueblo a la "benigna" merced de Franco.

El Partido Comunista en la guerra por la libertad y la independencia.

Durante toda la guerra los comunistas pelearon abnegadamente por los intereses del pueblo trabajador.

La participación de los comunistas en el gobierno tuvo los más positivos resultados. El Ministerio de Agricultura, que estaba a cargo de un comunista, realizó las esperanzas de los campesinos: confiscó las propiedades de los grandes terratenientes y las entregó a los trabajadores agrícolas y campesinos pobres. Dió ayuda a los campesinos por medio de créditos, de semilla y de maquinaria agrícola. El ministerio de Educación, del que también era titular un comunista, hizo todo lo posible por poner la cultura al alcance del pueblo. Miles de nuevas escuelas, kindergartens y sanatorios para niños fueron abiertos. Fueron creados "Departamentos Culturales de Milicia" para enseñar a leer y escribir a los hombres en las trincheras. Se abrieron escuelas superiores para la juventud obrera.

Los comunistas del ejército, —comandantes, comisarios y soldados—, dieron ejemplo de valor y disciplina. En las fábricas, en las factorías, en los talleres y en el campo, por donde quiera los co-

munistas eran los elementos dirigentes de la producción, y por donde quiera daban ejemplo de denodada voluntad y entusiasmo.

El Partido Comunista fué el único partido que estuvo activo en todas las fuerzas relacionadas de algún modo con la guerra. Fuertemente unido por una voluntad única, siguió una línea política uniforme que fué aprobada y apoyada por todos sus miembros y simpatizantes. Fué el único partido en el que existía entre sus miembros y la dirección una genuina unidad y una firme coherencia, así como entre el Partido y las masas. Esto era posible porque fué el único partido que se apoyaba en la teoría revolucionaria del marxismo-leninismo y que educaba a sus miembros en el espíritu stalinista de la lucha implacable contra el enemigo de clase, en el espíritu del internacionalismo proletario y de la lealtad a los intereses de las masas trabajadoras. Las actividades del Partido Comunista de España, especialmente durante la guerra, le ganaron el amor y la confianza de las masas, y el resultado se tradujo en un considerable aumento del número de sus miembros (de 100,000 miembros en toda España antes de la guerra a 300,000 en el territorio republicano sólo durante la guerra).

Pero el Partido Comunista tenía sus puntos débiles. En su esfuerzo para mantener unido al Frente Popular no previno a tiempo al pueblo que los representantes de otros partidos y organizaciones estaban usando el Frente Popular como una careta para sus traidoras actividades. Preocupado principalmente de la situación del frente en vista del inevitable ataque del enemigo, descuidó de movilizar a las masas contra los traidores y no aplastó la rebelión traicionera, aunque tenía a su disposición las fuerzas necesarias. Pero en cambio de todas estas deficiencias, el Partido cumplió sin vacilación y abnegadamente su deber para con el pueblo español y el proletariado internacional.

* * *

¿Cuáles son las lecciones que hay que sacar de la guerra de independencia del pueblo español? La experiencia de esta guerra y de las actividades del Partido Comunista demuestra que la fuerza de la clase obrera se centuplica cuando está dirigida por un partido revolucionario unido, monolítico y por una organización sindical unida conducida por ese partido.

La guerra del pueblo español demostró que en las condiciones difíciles y peligrosas en que se decidía la lucha, todos los partidos y organizaciones, excepto el Partido Comunista, capitularon y desorganizaron a las masas con su política y sus actividades.

La garantía fundamental de una alianza de la clase obrera con el campesinado y la clase media es la unidad revolucionaria del proletariado, dirigido por el Partido Comunista.

La firme solidaridad del Partido Comunista hasta su célula más modesta, su iniciativa, sus firmes lazos con las masas, y, en particular, su actividad independiente, son condiciones esenciales para

reducir al mínimo las vacilaciones de sus aliados y para descartar las posibilidades de traición.

Para derrotar al enemigo exterior, es necesario destruir al enemigo interior.

Para infligir la derrota al enemigo en una revolución popular, el antiguo aparato de gobierno, que sirve los intereses de la reacción, debe ser destruido y reemplazado por un nuevo aparato de gobierno que sirva los intereses de la clase obrera.

Para obtener la victoria en una lucha similar a la sostenida por el pueblo español es esencial contar con un gobierno firme y con un movimiento inspirado por una voluntad común, que sean capaces de vencer todos los obstáculos y de agrupar a todo el país para el único objetivo de destrozarse al enemigo.

* * *

Desde la terminación de la guerra en España la lucha de la clase obrera española y de todo el pueblo español se ha estado desarrollando en condiciones enteramente nuevas en el interior y en el exterior, en medio de la segunda guerra imperialista.

El país está en un estado de ruina y de dislocación. La guerra ha causado grave daño a muchas de las carreteras, a los puertos más importantes (Barcelona, Valencia, Cartagena, Alicante, Almería), a los ferrocarriles y a los servicios de transporte, a la flota mercante, al sistema de transporte automovilístico, a las fábricas, a las factorías, etc. El costo de la reparación del daño causado por la guerra se estima aproximadamente en 20,000,000,000 de pesetas. Un gran número de establecimientos industriales que han permanecido intactos están sufriendo una profunda crisis, debida en parte a la falta de materias primas y en parte a la dislocación económica.

La agricultura está atravesando también por graves dificultades. Los reaccionarios españoles están tratando de escapar del resquebrajamiento y de la dislocación económica por medio de la persecución brutal a la clase obrera, al campesinado y a las amplias masas de la población trabajadora. Todos los beneficios obtenidos por los obreros y los campesinos a través del Frente Popular se han nulificado. Todos los derechos y las libertades del pueblo han sido abolidos. Los derechos nacionales y las libertades de los vascos y de los catalanes han sido anulados. Los consejos de guerra están procesando, por término medio, cuatrocientos hombres y mujeres diariamente, un 70% de los cuales es sentenciado a morir fusilado. Se cree que alrededor de 100,000 prisioneros, entre ellos 8,000 mujeres, están pereciendo en los campos de concentración y en las prisiones de Madrid. Tan grande es el número de personas arrestadas que los reaccionarios están convirtiendo los monasterios y los circos de toros en prisiones. Veinte mil personas han sido fusiladas en Levante y 30,000 en Cataluña. Solamente en Madrid ha habido más de 50,000 fusilados. No es menor el número de los que

han sido arrestados y fusilados en Bilbao y en Galicia. Y las sangrientas represalias siguen todavía.

Una gran parte del ejército republicano ha sido convertido en batallones de trabajo forzado que están obligados a trabajar sin paga. Simultáneamente, los reaccionarios han emprendido una "purga" de las fábricas, factorías, bancos, casas comerciales, y servicios del gobierno, como resultado de lo cual miles de hombres y mujeres han sido lanzados a la calle, dejándolos morir de hambre. Los contratos de salarios han sido anulados. Han sido introducidas escalas de salarios correspondientes a los que prevalecían antes de Julio de 1936. Los impuestos han sido aumentados desmesadamente. Ha sido aprobada una ley que establece que "la indiferencia y la negligencia" en el trabajo es un delito punible. En una palabra, además de las represalias ha sido establecido un régimen brutal de explotación y de robo de los trabajadores.

No menos severo es el régimen en el campo. La tierra ha sido quitada a los campesinos y devuelta a los terratenientes. Los dueños están cobrando el pago de renta correspondiente a los tres años de guerra, así como la renta anteriormente atrasada. El hambre y la necesidad andan desenfrenadas entre la población trabajadora.

Pero las masas, sobre todo la clase obrera, no se están resignando dócilmente a este estado de cosas. El descontento se extiende y asume enormes proporciones. Lejos de disminuir, el odio al régimen de Franco crece de día en día. Hasta Franco y sus Ministros se han visto obligados a admitir abierta y públicamente que el país está dividido en dos campos mortalmente hostiles como antes. La resistencia del proletariado y de las masas al régimen reaccionario y a la explotación está tomando las más variadas formas.

Una de las formas de resistencia es la simpatía y la ayuda que se da a los presos políticos. La campaña por la amnistía y la libertad de estos se está convirtiendo en uno de los factores políticos y organizativos más importantes en el movimiento de los pobres, de la clase obrera, de los campesinos y de la juventud obrera contra la reacción. Se está sosteniendo una lucha contra los "precios fijos" y otras formas de robo del campesinado. La lucha contra el lucro es creciente. La clase obrera está comenzando a resistir, —aunque todavía no en una forma suficientemente organizada y en masa—, a la reducción de salarios y a las esclavizantes condiciones de trabajo; incluso comienza a luchar por un mínimo de derechos y libertades. En el campo se está emprendiendo una lucha, —aunque no todavía con suficiente decisión y organización—, contra los contratos esclavizadores, contra los altos impuestos y contra los usureros y terratenientes. Los pueblos oprimidos de Cataluña, del país vasco y de Galicia continúan resistiendo a sus verdugos que les han robado todos sus derechos y privilegios.

La ruina económica, la insatisfacción y la indignación de las masas, junto con el desempleo, el hambre, la usura y la terrible explotación; el odio de las masas hacia sus verdugos y hacia todo el sistema de represión sangrienta y de tiranía; la incapacidad de la pandilla dominante para dar frente a las crecientes dificultades, —todo esto está agravando e intensificando los antagonismos de clase hasta el extremo. Y esto, a su vez tiende a agravar e intensificar los antagonismos que se producen en el campo de los mismos reaccionarios.

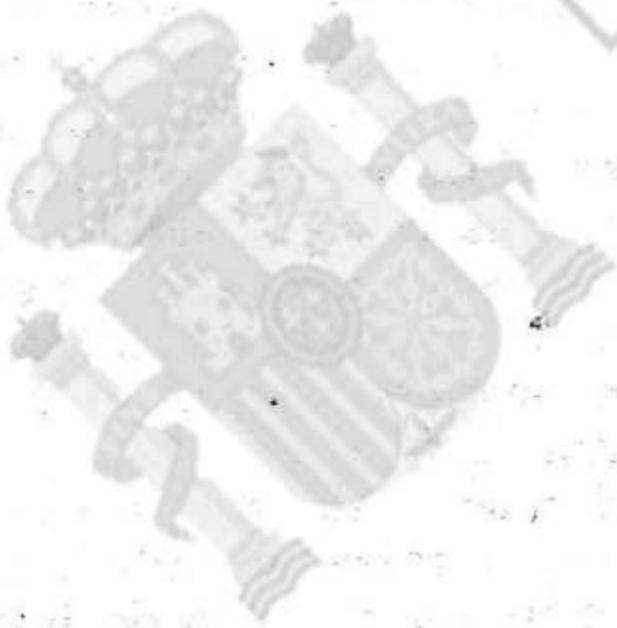
La nueva situación internacional creada por la segunda guerra imperialista ha agravado aún más e intensificado los antagonismos en España. Las fuerzas negras de la reacción en España y las potencias imperialistas (Inglaterra, Francia, Italia, etc.) están trabajando febrilmente para arrojar al país a las llamas de la guerra. Los círculos dirigentes españoles, que han proclamado verbalmente su neutralidad, están en realidad negociando con las potencias imperialistas con el objeto de vender el pueblo español al grupo imperialista que pague mejor precio. Pero el proletariado y el pueblo de España no tienen la menor intención de pelear y derramar su sangre en defensa de los intereses de los imperialistas británicos, franceses, italianos, o de cualesquiera otros. El pueblo español ha aprendido de la amarga experiencia que todavía está fresca en su conciencia, cuál es la verdadera naturaleza y el verdadero significado de la política exterior de las potencias imperialistas, y resistirá por lo tanto todos los intentos de la pandilla dominante por enredar a España en la guerra imperialista.

Un examen de la situación en España desde la derrota de la república nos conduce a las siguientes conclusiones: la victoria de la reacción no está de ningún modo asegurada; el régimen de Franco no tiene base firme en el país y su inestabilidad crece de día en día; el descontento se está extendiendo entre el pueblo y la resistencia de las masas está ganando fuerza.

Tal es la situación dentro del país, y dentro de esta situación el Partido Comunista está llevando a cabo su trabajo. El Partido Comunista Español, que en la acción, en el curso de tres años, ha probado ser la fuerza organizativa y dirigente más efectiva de la heroica lucha del pueblo español por la libertad y la independencia, continúa, a despecho de todas las represiones sangrientas, trabajando infatigablemente por la reorganización y consolidación de sus filas, por el agrupamiento y la fusión de las fuerzas del pueblo para llevar adelante la lucha contra la reacción interior y exterior. Organizándolo y dirigiendo la lucha de los obreros y de los campesinos por sus reivindicaciones concretas inmediatas, empleando las más diversas formas de lucha del pueblo trabajador contra los explotadores y los reaccionarios y descubriendo a los traidores de todos los matices, el Partido Comunista está capacitando a las masas para pasar a una fase superior de la lucha.

Armado de rica experiencia, y guiado por las enseñanzas de Marx, Engels, Lenin y Stalin, el Partido Comunista, ganando la confianza de masas cada vez más amplias, está conduciendo al proletariado español y a todo el pueblo de España a emanciparse de la reacción y del capitalismo.

MINISTERIO
DE CULTURA



V. KOPECKY

La Política de Guerra del Vaticano

Aun durante el período de preparación de la actual guerra imperialista, los imperialistas anglo-franceses podían confiar plenamente en el apoyo del Vaticano para sus movimientos diplomáticos. Seis meses de guerra imperialista en Europa han demostrado que, en sus esfuerzos para extender la carnicería, los titiriteros de la guerra pueden contar con la Sede Papal, cuya verdadera misión cualquiera se imaginaría que es la de trabajar por establecer la "paz en la tierra".

Es de la mayor importancia en nuestra lucha contra la guerra imperialista seguir atentamente la política de guerra del Vaticano. Resulta interesante observar el papel que juega hoy esta institución medioeval en la era del imperialismo. Apoyándose en la influencia ideológica y política de que goza la Iglesia Católica en una parte considerable del mundo y en su aparato internacional centralizado, la Sede Papal viene a ser una palanca tan importante en la maquinaria del mundo capitalista como lo son los gobiernos imperialistas y los centros de monopolio capitalista. El Vaticano constituye el centro político desde el cual el Papa de Roma persigue sus intereses netamente mundanos dentro del mundo capitalista, una institución que de hecho tiene muy poco que hacer con las creencias y dogmas católicos.

La Roma papal posee sus posiciones propias de poderío, sus propias esferas de interés y objetivos propios en el mundo político. El Vaticano, que tiene representantes oficiales en la mayor parte de los países capitalistas y ante quien están acreditados los representantes de los Estados capitalistas, toma parte activa en las intrigas diplomáticas y en las rivalidades por el poder de los diversos Estados, importándole poco que los Estados de que se trate sean católicos o no lo sean, o que lo que se conoce con el nombre de consideraciones morales y religiosas se encuentre o no afectado. El Vaticano siempre ha sabido subordinar tales consideraciones a sus intereses materiales y a sus objetivos políticos. Al tomar parte, como lo hace, en las intrigas y los designos de los imperialistas, el Vaticano no se exime de tomar también parte en las guerras imperialistas. Y es así como encontramos al Vaticano tomando posiciones, a su manera, en esta segunda guerra imperialista; y en este conflicto entre las grandes potencias imperialistas también está buscando la manera de extender sus intereses políticos propios. El precepto general que dice que la guerra no es sino la continuación

de la política por otros medios, se aplica con igual acierto al Vaticano.

* * *

Durante la primera guerra imperialista el Papa Benedicto XV se envolvió en un manto de silencio filosófico y mantuvo una posición de aparente neutralidad con respecto a las potencias centrales y occidentales; los intereses políticos papales estaban igualmente representados en ambos bandos. Los consagrados servidores de Roma bendijeron las armas de los dos campos beligerantes. Sólo en secreto el Vaticano rezaba por el triunfo del imperio austro-húngaro, el Estado de su Majestad Apostólica.

La derrota y el derrumbamiento del imperio austro-húngaro fué para el Vaticano uno de los más amargos frutos de la primera guerra imperialista, pues con él se derrumbó la más fanática de las monarquías católicas, el más importante baluarte político del catolicismo. Pero ya sabemos que el Vaticano siempre ha puesto de manifiesto un alto grado de adaptación a las alteraciones y los cambios del poder secular. En seguida se adaptó a la victoria de los poderes occidentales. Aceptó el sistema de Versalles, que por lo demás tenía muchas cosas agradables que ofrecerle. Una de las más agradables fué la creación del Estado clerical y ultrarreaccionario de Polonia, con la Virgen María de Czentochow como santa patrona. Polonia se convirtió en un importante baluarte de la política vaticana, especialmente en lo que respecta a la lucha contra la Unión Soviética Socialista.

Casi sin resistencia, los austro-marxistas de Austria entregaron una posición tras otra a la reacción clerical dirigida por Seipel y Dollfuss hasta que en 1934, después de la sangrienta derrota de la clase obrera, el clericalismo político, en unión de la "heimwehr" del Príncipe Starhemberg, estableció su "dictadura autoritaria". En Checoslovaquia el Vaticano se aseguró una influencia política firme con la ayuda del "modus vivendi" firmado con Masaryk y Benes. En la derrotada Alemania, donde el catolicismo llegó a ocupar la posición de un partido de gobierno explotando la humillación del Tratado de Versalles y las indemnizaciones, el Partido Católico Centrista, obediente instrumento del Vaticano, muy pronto adquirió, en coalición con el Partido Social-Demócrata, la posición dirigente dentro del régimen.

Aunque el Vaticano fué capaz de adaptar rápida y efectivamente sus intereses y aspiraciones políticas al nuevo reparto del mundo capitalista, sus ambiciones reaccionarias encontraron un nuevo e insuperable obstáculo en el mundo socialista que surgió después de la primera guerra imperialista. Mientras la Sede Papal empleaba todo su poder político e ideológico en el apoyo del capitalismo decadente y degenerado, era al mismo tiempo el más vociferante en la creación de sentimientos adversos a la Unión Soviética, que a los ojos de los trabajadores y los pueblos de todos

los países se había convertido en un símbolo y en un faro para el logro de la victoria, de la libertad y el progreso sobre las fuerzas del oscurantismo, la esclavitud y la explotación.

* * *

Los creyentes en la "divina providencia" están acostumbrados a decir que en las elecciones papales la Iglesia Católica siempre escoge al Papa que más se necesita en esos momentos. El año pasado, Pacelli, antiguo Nuncio papal en Berlín y Cardenal Secretario de Estado del difunto Papa Pío XI, fué elegido por singular unanimidad para ocupar el trono papal. En Pacelli, ahora Pío XII, la Iglesia Católica escogió al Papa que esos tiempos requerían, un Papa de guerra. El juicio de la Historia le colocará entre aquellos que tomaron parte en las intrigas secretas que condujeron a la segunda guerra imperialista. El amplio voto que recibió del Cónclave en su elección del año pasado fué el resultado de arduas maquinaciones por parte de las potencias imperialistas, sin exceptuar a los Estados Unidos. Todos ellos veían en Pacelli el devoto sostenedor de los sagrados intereses del capital internacional y de los planes imperialistas. Fué como hombre de confianza de Inglaterra, Francia y los Estados Unidos que Pacelli consiguió ascender al trono papal; y el grupo católico de Thyssen, perteneciente a los grandes industriales de la Renania, también lo consideraba como su hombre de confianza. Poco después de su ascensión, Pío XII demostraba cuán profundamente envuelto estaba en los planes de los imperialistas para provocar una guerra entre Alemania y la Unión Soviética. Chamberlain fué a Roma a besar los pies del Papa recién electo; y está todavía fresco en nuestras memorias el recuerdo de cómo en aquellos meses críticos del verano que precedieron al estallido de la guerra, el Papa buscó por diferentes caminos la manera de influenciar a Berlín y de lanzar a Alemania contra el "bolchevismo", como "peligro principal"; en otras palabras, trataba de lanzarla contra la Unión Soviética. Cuando los designios británicos se hicieron añicos con la negativa de Alemania y de la Unión Soviética a sacarle a Inglaterra las castañas del fuego, y cuando las potencias occidentales le declararon la guerra a Alemania, rápidamente se adaptó el Vaticano a los nuevos planes de los mercaderes de la guerra. Como es sabido, el Vaticano jugó un papel prominente incitando a Polonia a la guerra.

* * *

La propaganda de guerra británica y francesa trata ahora de hacer creer que Pío XII se ha convertido en un irreconciliable enemigo del hitlerismo, debido a sus sentimientos cristianos, al disgusto que siente por el fascismo y el "nuevo paganismo". Esto se contradice en absoluto con los hechos que recientemente se han dado a la publicidad. Fritz Thyssen, el gran industrial germano que huyó de Alemania y está ahora colocado en la oposición activa al régi-

men nazi, ha revelado últimamente que el Papa Pío XII, en aquel entonces Cardenal Secretario de Estado, fué uno de los que participaron en la decisión de que los nacional-socialistas deberían tomar el poder en Alemania. Thyssen declara que el Cardenal Pacelli fué informado sobre el curso de las negociaciones secretas conducidas por von Papen y los grandes industriales de la Renania con Hitler, y que finalmente consintió en el derrocamiento de Bruening, poniendo así a funcionar la maquinaria que debería entregar el poder al actual régimen de Alemania. Sea como fuere, esto nos da una visión enteramente diferente de la actitud del Vaticano con respecto al actual régimen de Alemania, de la que están tan ansiosos de presentarnos los propagandistas franceses y británicos.

Pío XII no se turbó con el "nuevo paganismo" germano cuando sacrificó a Bruening y al Partido Católico Centrista, y más tarde a Schuschnigg y a la católica Austria, ni se perturbó en lo absoluto cuando en Munich, los grupos de potencias británicos y franceses ofrendaron a Checoeslovaquia como víctima en el altar de sus intereses imperialistas. Ni tuvo el Vaticano consideraciones religiosas de ninguna especie cuando los católicos vascos y el pueblo de Cataluña derramaban su sangre en su lucha heroica. El Papa dió su santa bendición a Franco, que en el curso de la guerra civil había asesinado a innumerables sacerdotes católicos; y Franco, aboliendo todas las leyes mundanas y finalmente a la República misma, correspondió con un presupuesto eclesiástico de un millón de libras esterlinas y con un regalo altamente simbólico, una cruz hecha con la madera de los árboles de Guernica.

No; el papa en aquellos tiempos se olvidaba de las "graves preocupaciones" que el nacional-socialismo le había proporcionado, pues las esperanzas de la reacción internacional, las esperanzas de los imperialistas, estaban ligadas con una guerra germano-soviética, y el Vaticano compartía estas esperanzas. El fervor "anti-hitleriano" que Pío XII siente actualmente, data del mismo tiempo que el de Chamberlain y de Daladier. Y como base, entonces como ahora, no fueron los ideales religiosos ni la moral religiosa lo que pesaba en la política del Vaticano, sino los intereses materiales, políticos, imperialistas, reaccionarios y antisoviéticos.

* * *

La hostilidad del Vaticano para todos los esfuerzos de las naciones por lograr la paz está en el fondo de acuerdo con la política de Inglaterra y Francia. El llamado programa de paz del Papa no es sino un eco fiel de los discursos de Chamberlain y Daladier sobre sus pretendidos objetivos de guerra. Una de las declaraciones del Papa establece que es insensato trabajar en favor de la paz, pues la guerra se está conduciendo como "una defensa contra el frío aliento de las tendencias agresivas y anticristianas". Y la paz que el Papa quisiera ver "debe estar dictada por los principios de la justicia y la equidad". Este punto de vista papal fué interpreta-

do en París y Londres como un estímulo para continuar la guerra. Neutral en la primera guerra imperialista, el Vaticano se presenta abiertamente tomando partido en la presente guerra, como un factor consciente y agresivo en el campo de los agresores. Ha bendecido las armas de los imperialistas británicos y franceses y se ha identificado con sus objetivos de guerra.

Parte importante en la determinación de la actitud del Vaticano con respecto a la guerra, desempeñó el colapso de Polonia. El lamento lanzado por el Vaticano ante la caída de Polonia no fué de ningún modo inspirado en interés de la suerte del pueblo polaco, sino más bien por la desaparición de un dominio del poder católico, por la caída del régimen clerical reaccionario de Polonia y por la pérdida de una plaza fuerte antisoviética; fué un lamento por la posición dominante perdida por Roma en la Europa Oriental, una expresión de ira por el hecho de que la base oriental de operaciones contra la Unión Soviética había desaparecido, y de que el Socialismo había avanzado su dominio hacia occidente.

Siendo ese el caso, no era sorprendente que el Vaticano diera también su bendición a los planes antisoviéticos de los imperialistas en Finlandia, que incitara con sus gritos histéricos a los guardias blancos finlandeses en su lucha igualmente reaccionaria y fútil, y que tratara por medio de deleznable mentiras y calumnias de enredar en la guerra a los países neutrales, especialmente a Escandinavia. El *Osservatore Romano* y la estación radiodifusora del Vaticano increparon a los Estados escandinavos por haberse negado de plano, en la Conferencia de sus Ministros de Relaciones Exteriores celebrada en Copenhague el 27 de Febrero, a dejarse arrastrar a la guerra. La estación radiodifusora del Vaticano llegó hasta condenar al gobierno noruego por haberse atrevido a protestar contra la insolente violación de la neutralidad noruega por la armada británica.

Hasta la última hora, en la misma víspera del arreglo del conflicto finlandés, el Vaticano obró conjuntamente con los imperialistas británicos y franceses para precipitar a Escandinavia en las llamas de la guerra.

La Roma papal envió sus bendiciones a los guardias blancos finlandeses; les envió también amuletos religiosos, biblias y príncipes católicos; las publicaciones del Vaticano en todos los idiomas pedían "voluntarios" para la Finlandia blanca. Pío XII siguió las huellas de su inmediato predecesor en la Silla de San Pedro, quien, en 1920, cuando él era aun Nuncio Apostólico en Polonia, bendijo directamente en el frente los ejércitos polacos de intervención, y que, en 1930, juntamente con un cierto número de gobiernos imperialistas, trató desde el trono papal de lanzar una cruzada contra la Unión Soviética.

Del mismo modo, el Vaticano ha tomado activamente el partido de los imperialistas occidentales en la actual guerra. Discursos

hipócritas sobre la defensa de la cultura cristiana y anatemas contra los bárbaros y los anticristos dentro de la verdadera tradición medioeval, han sido utilizados como medios para llevar a las masas católicas a la guerra.

* * *

Hubo tiempos en que los Papas de Roma declaraban la guerra, ordenaban a Estados extranjeros ir a la guerra, y ellos mismos conducían ejércitos al campo de batalla, reemplazando la tiara papal con el casco militar y prometiendo en nombre de Cristo el perdón de los pecados a todo el que se pusiera del lado de Roma. Hoy el Papa está urdiendo las intrigas de la diplomacia vaticana para ayudar a los imperialistas occidentales a emprender y extender su guerra.

Las potencias occidentales le han asignado tareas especiales al Vaticano. Por ejemplo, debe ejercer influencia sobre Italia con el objeto de alistarla en la guerra del lado de los imperialistas occidentales bajo la bandera de una cruzada antibolchevique. El significativo cambio de visitas entre el Papa y el Rey de Italia en Enero de 1940, fué en parte un intento para servir a este propósito. El Vaticano está haciendo lo más que puede para obtener el favor del fascismo italiano. La alianza entre la cruz católica y el fascio se pretende que sea el símbolo de solidaridad en todas las intrigas antisoviéticas y también para ayudar a arrastrar al pueblo italiano a la carnicería en beneficio de la supremacía británica y francesa.

Italia ocupa un lugar especial en los planes del Vaticano para la presente guerra. El Vaticano está proponiendo un "Frente Católico" en el Mediterráneo, que englobe a Italia, España y Portugal y proyectó dar nueva vida al pacto anti-comintern y hacerlo intervenir en la guerra de parte de las potencias occidentales.

Las intrigas guerreras del Vaticano no están limitadas a Europa. Durante la primera guerra imperialista la Roma papal logró construir un sistema de importantes posiciones diplomáticas y políticas en el Continente americano. Esto se refiere ante todo a los Estados sudamericanos, donde el catolicismo ha jugado tradicionalmente un papel influyente y donde en años recientes la diplomacia papal ha desplegado una intensa actividad, especialmente en relación con los acontecimientos de España. Hoy el Vaticano está usando desmedidamente su influencia sobre los Estados latinoamericanos para inducir a estas naciones a dar apoyo directo a los imperialistas occidentales.

El desarrollo de las relaciones entre el Vaticano y los Estados Unidos adquiere particular significación en cuanto se refiere a la guerra. Sabemos con cuánta solicitud el Presidente Roosevelt puso el año pasado uno de los barcos de guerra más rápidos a la disposición del Cardenal de Chicago para que pudiera llegar al Cón-

clave a tiempo para las elecciones papales y dar su voto a favor del actual Papa Pío XII, como lo deseaba Roosevelt.

Las estrechas relaciones entre Roosevelt y el Papa fueron de nuevo puestas de manifiesto recientemente cuando el primero acreditó su "representante personal" ante el Vaticano. Este reconocimiento **de facto** del Vaticano por los Estados Unidos ha levantado una tempestad de indignación entre los sectores más progresistas de la población americana y entre los numerosos fieles de las iglesias no católicas que están decididamente opuestos a cualquier rompimiento de la política tradicional de independencia de los Estados Unidos con respecto a Roma. Hubo naturalmente fuertes razones que indujeron a Roosevelt a establecer más estrechas relaciones con la Sede Papal contra esta nueva oposición. La intención de Roosevelt no es solamente asegurar el apoyo del sector católico en las próximas elecciones presidenciales, sino también asegurar la colaboración del Papa en cualesquiera medidas diplomáticas determinadas que pudiera considerar necesario poner en práctica en el curso ulterior de la guerra.

* * *

Mientras tanto, el Vaticano está colocando todas sus fuerzas disponibles a disposición del frente de guerra. Estas incluyen a los monarquistas austriacos, defensores de la dinastía de los Hapsburgos, cuyos depuestos representantes están trabajando lealmente en beneficio de los círculos dirigentes de Gran Bretaña y de Francia.

El Vaticano está apoyando también a Bruening y a Wirth, antiguos Cancilleres católicos de Alemania, en sus esfuerzos por ser de utilidad política para los autores de un segundo Versalles, en nombre del Catolicismo. Es con vista a este propósito que los círculos clericales de Alemania están conspirando contra el Pacto de Amistad Germano-Soviético, con la esperanza de que Alemania pueda ser todavía llevada a una guerra contra la Unión Soviética del lado de los imperialistas occidentales.

Los emigrados católicos checos, encabezados por Monseñor Stramek, están trabajando mano a mano con Benes, el autor del "modus vivendi", al servicio del imperialismo británico y francés. Con este fin el Vaticano está instigando a los sacerdotes católicos checos en París contra los sostenedores de la independencia del Estado eslovaco, aunque éstos son católicos también y siempre han sido siervos obedientes del Vaticano. La Roma papal está sacrificando la católica Eslovaquia a sus superiores objetivos de guerra, del mismo modo que sacrificó una vez a la católica Irlanda. El Papa está ejerciendo su influencia política y religiosa sobre todos los países neutrales, estimulando y apoyando los esfuerzos de los agentes de la guerra en esos países y las intrigas de los gobiernos británico y francés para arrastrar a aquéllos a la guerra del lado de éstos.

Al mismo tiempo que envía a sus defensores a la guerra impe-

rialista, el Vaticano les asigna igualmente la tarea de pelear por los planes que él mismo está incubando juntamente con los objetivos de guerra de los imperialistas anglo-franceses. El sueño del Vaticano no es sólo restaurar a Polonia, y no es sólo "destruir el Bolcheviquismo" desarraigando todas las ideas de progreso y libertad; sueña con la restauración de una Europa que sea gobernada por reyes obedientes a Roma y mantenida en estado de obscuridad y de ignorancia. Una monarquía de los Hapsburgos restaurada, una Alemania desintegrada, reaccionaria y gobernada clericalmente, una Francia en que los Cardenales hicieran uso de su siniestro poder tan eficazmente como Richelieu, Mazarino y Fleury lo hicieron en los días del absolutismo, —tal es la Europa con la que sueña el Vaticano, una Europa que sirva como base para la restauración del poder embrutecedor y del dominio universal de los papas de los tiempos medioevales.

* * *

La burguesía, que con su actitud para con la iglesia y para con el papa de Roma ha expiado desde hace tiempo el pecado mortal del ateísmo de los días de su desenvolvimiento revolucionario y el pecado venial de la tolerancia en los días de su liberalismo, y que en la etapa del imperialismo se ha aliado estrechamente con el aparato del poder católico como instrumento seguro de opresión imperialista y de clase, —esta burguesía reaccionaria, decadente y degenerada está dispuesta a cotizar la alianza con la Roma papal a costa de cualquier concesión para mantener su propio dominio. Y es con este objeto que ha sido sellada la alianza entre los imperialistas y el Vaticano en la segunda guerra del imperialismo. Movilizando al mundo católico en esta guerra, el Papa va a ayudar a los capitalistas franco-británicos a mantener su supremacía sobre el mundo y a impedir que una nueva crisis de fatales consecuencias para el capitalismo estalle en el curso de la guerra.

Debe ser función del Papa, cuyos misioneros acompañan a los amos de esclavos coloniales y cuyo aparato misionario ha ayudado a mantener a los pueblos de Asia y África bajo el látigo de los imperialistas, ayudar en esta guerra también a reprimir el movimiento revolucionario anti-imperialista de las colonias y de los países sometidos; él debe cooperar a mantener el régimen imperialista en la India, en los países arábigos, en la Indonesia, en las Filipinas, Cuba, etc. El Papa debe salvaguardar al imperialismo y al poder del capitalismo contra las fuerzas de la revolución que brotan cada vez más inexorablemente de las profundidades del mundo capitalista, inspiradas por las ideas de Lenin y de Stalin y por el brillante ejemplo de la Unión Soviética para luchar por un mundo nuevo, el mundo del Socialismo.

En esta guerra el Papa se ha convertido en la esperanza del mundo viejo. Y así encontramos a todos los criminales imperialistas que están conduciendo a las naciones a la destrucción en esta

guerra, apelando a Dios y hablando de cristiandad, de moral y de ética cristianas. Los británicos, amos de esclavos y los especuladores de bolsa franceses, los magnates burgueses americanos y los grandes capitalistas alemanes del tipo de Thyssen, están todos cobijándose bajo la autoridad del Papa. En las iglesias no católicas la burguesía está estimulando la tendencia hacia un acercamiento y una reconciliación con la Roma católica, para, al grito de reunión de toda la cristiandad, fortalecer el poder de lucha del Papa, de los patriarcas de la Iglesia Ortodoxa, de los pastores evangélicos, del clero anglicano y de todos los demás. Y, por último, los mullahs y los rabis deben formar parte del frente unido clerical de guerra bajo la égida del Papa.

Los arrivistas, los librepensadores, los social-demócratas y los cómplices análogos de los imperialistas, que proclaman que la guerra de Inglaterra y Francia es una guerra de la civilización occidental, declaran también, por condescendencia con el Papa, que la ética cristiana es parte de esta civilización occidental que debe ser defendida. En su apoyo a la guerra imperialista, los líderes de la Segunda Internacional están de común acuerdo con la Roma papal; Citrine, Attlee, Blum e Hilferding, marchan al unísono con el Cardenal Verdier, con el Arzobispo de Canterbury, con Bruening y Wierth, con de la Roque, con Starnemberg y con Otto de Hapsburgo. En el campo de los imperialistas occidentales encontramos todas las fuerzas del oscurantismo unidas bajo la bendición del Papa, luchando conjuntamente en esta guerra sanguinaria para mantener el viejo mundo, el mundo de la sujeción violenta de las naciones, el mundo de la opresión y de la explotación.

* * *

Los lacayos de Roma bendijeron las armas de destrucción en la primera guerra imperialista, y al hacer eso causaron disgusto y resistencia por donde quiera. La Roma papal fué condenada, al igual que los gobiernos imperialistas, como responsable de la matanza de las naciones. Después de la guerra se produjo un movimiento contra Roma, manifestado en el establecimiento de iglesias nacionales cismáticas que declararon su independencia de Roma y se negaron a reconocer la autoridad papal, y en el abandono de la Iglesia Católica Romana por millones de gentes.

Aun más siniestro es el papel jugado por el Vaticano en esta segunda guerra imperialista, porque, como hemos señalado, él mismo intervino en la preparación de la guerra y se significa con los imperialistas como un asesino de las naciones. Y no puede haber duda de que la reacción de las masas católicas a esta política anti-popular y de potencia reaccionaria del Vaticano, será mucho más profunda y vigorosa que la que empezó con la desilusión de las masas en 1917-18.

El prestigio del clericalismo político en todos los países, y del Vaticano en particular, nunca se ha recobrado completamente del golpe que sufrió en la primera guerra imperialista. El papel jugado

por los príncipes de la Iglesia en el fortalecimiento de la reacción en Europa y en las vergonzosas maquinaciones que, sin tomar en cuenta las vidas y la libertad de las gentes, prepararon y abrieron el camino para la actual guerra, han inducido a millones de trabajadores católicos a apartarse más o menos abiertamente de la política seguida por los clérigos dirigentes en nombre y bajo la protección de la Iglesia. De este modo millones de católicos se han hecho en los últimos años defensores y aliados de la clase obrera, que les tendió la mano de amistad, sin tratar de influenciar u ofender sus susceptibilidades religiosas profundamente arraigadas. Este significativo proceso de diferenciación dentro del campo católico, que ha sido siempre característicamente ignorado o combatido por los ahora aliados social-imperialistas y agentes del Vaticano, está progresando firmemente y encontrará expresión más vigorosa a medida que pase el tiempo. Ayudar y promover este proceso es uno de los deberes más importantes del proletariado. El horror inspirado en millones de católicos por la carnicería imperialista debe unirse al esfuerzo consciente del proletariado y de todos los oponentes a la guerra, — por encima de todas las fronteras religiosas y nacionales—, para derrotar los planes de guerra imperialistas.

K. FUNK.

Observaciones Sobre un Número de "Neuer Vorwärts"

Entre los "argumentos decisivos" producidos por los escritores de la Segunda Internacional para probar que la presente no es una guerra imperialista y que la burguesía de Inglaterra y de Francia no están peleando por la dominación de su propio mundo imperialista, sino que están sosteniendo la guerra contra el "Hitlerismo", por el "interés común", por decirlo así, es decir, también en interés del pueblo alemán, se alude a la posición adoptada en esta guerra por los líderes de la antigua social-democracia alemana. "Mirad a los líderes de la social-democracia alemana", reza el "argumento", "a diferencia de 1914-1918, no han otorgado créditos de guerra a la burguesía alemana en el presente conflicto; al contrario, tienen igual motivo que los líderes social-demócratas de Inglaterra y de Francia para ayudar a las potencias occidentales aliadas a derrotar a Alemania." Desde esta posición de los Hilferdings, Stampfers, Geyers (*) y Compañía los propagandistas de la guerra en el campo de la Segunda Internacional sacan la conclusión que tiende a disimular los objetivos imperialistas guerreros y a abusar de los obreros de Inglaterra y de Francia al servicio del imperialismo anglo-francés: puesto que los líderes de los Partidos social-demócratas de Inglaterra, Francia y Alemania están unánimemente del lado de las potencias occidentales aliadas en esta guerra que Inglaterra y Francia están sosteniendo contra Alemania, los obreros de los tres países deben apoyarla, ya que, en último análisis, conducirá a la "liberación" de Alemania.

Stampfers, el viejo capataz detrás de la política de llevar la guerra hasta el fin bajo Guillermo II, dice piadosamente: "No hay quien otorgue ni quien niegue créditos en la social-democracia alemana..." El viejo brujo está tratando de decir ahora: "Si nosotros, conocidos por haber puesto en otro tiempo sin vacilación los créditos de guerra requeridos a los pies de nuestra propia burguesía y de haber ayudado a la policía en su lucha contra Liebknecht, si pues nosotros no hacemos hoy lo que hicimos entonces, quiere decir que esta guerra debe tener un carácter completamente diferente de la de 1914, quiere decir que debemos sostenerla del lado de Inglaterra y de Francia." Estos antiguos líderes social-demócratas a

(*) Líderes de la Social-democracia alemana.

quienes correspondió la tarea de hacer campaña como ejemplos videntes de carácter "ideológico", de "cruzada", de esta guerra imperialista, invocan desvergonzadamente lo mismo que los ha hecho odiosos a la clase obrera internacional: su unión servil con su propia burguesía. Invocan esto para luego "argumentar"; "Si esta vez aun nosotros no formamos en las filas de nuestra burguesía en la guerra, entonces es realmente una guerra que todo el mundo debe apoyar".

Si tomamos cualquier número del **Neuer Vorwärts** encontramos toda la vergüenza de esta llamada "dirección de partido" del Partido Socialista Alemán, reflejada allí. Hilferding, que hace mucho tiempo se ocupó teóricamente del capital financiero para hundirse luego en la posición de ministro de finanzas del capital financiero alemán, nos da en este número del **Neuer Vorwärts** una conferencia para decir que la política de Inglaterra y de Francia, en lo general, no podía ser imperialista porque el "imperialismo no agresivo" es una "contradicción en sí mismo". Francia e Inglaterra habrían hecho "constantes concesiones" a Alemania, habrían "sacrificado importantes posiciones de poder" a fin de conservar la paz — aun "al precio de una verdadera disminución de poder". Es un notorio truco de juego de manos describir como imperialistas sólo a aquellos Estados que son agresores en el momento dado. De acuerdo con esta definición el imperialismo sería una enfermedad aguda de escarlatina o de gripe que repentinamente aparece y desaparece del mismo modo. Según esta definición Inglaterra habría sido imperialista cuando atacó a los boers, a los hindúes, a los chinos, a los egipcios, etc., pero después del dictamen médico de Hilferding se sacudió esta enfermedad y hoy el imperialismo inglés es puro. Y ¿qué hay de la primera guerra imperialista, señor Hilferding, cuando los líderes de la social-democracia alemana bravuconaban contra el imperialismo inglés? Y ¿qué de Versalles cuando Inglaterra y Francia tomaron posesión de las antiguas colonias alemanas y de las antiguas provincias turcas? Y ¿qué del tiempo en que Inglaterra y Francia enviaron sus tropas contra el joven Estado Soviético? Y ¿qué decir de hoy, cuando Inglaterra y Francia no solamente recurrieron a la agresión militar sino que también están tratando con toda su fuerza de arrastrar a todos los pueblos a la guerra? Pero completamente aparte del hecho de que Inglaterra y Francia sean agresoras hoy, no se trata desde luego de un mal pasajero que golpea ahora a un Estado y luego a otro. El imperialismo es el sistema mundial de los monopolios capitalistas, de la opresión colonial y del pillaje. Y en este sistema mundial, los Hilferding y Compañía han asumido el papel de apartar a los obreros de la lucha contra el imperialismo y de ofrecerlos como carne de cañón a los amos imperialistas.

La tendenciosa falsedad de la "argumentación" de Hilferding debe ser aclarada todavía, sin embargo, desde otro ángulo. El "precio de una disminución real de poder" que los imperialistas de Inglaterra y de Francia pagaron temporalmente a sus competidores alemanes no lo sacaron de sus propios bolsillos. En Munich, por ejemplo, los imperialistas anglo-franceses no pagaron con su propio territorio; en Munich, en España, en China, etc., pagaron con la tierra y con la sangre de otros pueblos del mismo modo que ahora intentan hacer que otros pueblos sostengan la guerra que ellos han comenzado en defensa de su propia supremacía imperialista y de sus gigantescos imperios coloniales. Los llamados imperialistas "no agresivos" de Inglaterra y de Francia son los verdaderos agresores actualmente, aunque hasta ahora no se han atrevido a atacar en el frente occidental; son agresores, porque están instigando e incitando a la guerra en el norte y en el sureste de Europa, en los pequeños Estados neutrales de la Europa occidental y en los países del Cercano Oriente. Quieren ampliar los frentes y extender el teatro de la guerra a toda costa. Están creando por todas partes nuevos puntos de explosión. Hilferding sabe esto muy bien y él y sus amigos políticos conocen el papel que les ha sido asignado en este juego criminal. Este papel consiste en encubrir y negar el carácter imperialista de la guerra para confundir a la clase obrera y hacerla impotente. Este papel consiste además en contribuir a la reunión y al agrupamiento de aquellas fuerzas que en Alemania estarán listas para subordinarse y entrar en los planes ingleses. Si la primera parte de la tarea asumida por los antiguos líderes de la social-democracia alemana a sueldo del imperialismo inglés merece atención, la segunda parte no la merece menos, particularmente porque es señaladamente útil para poner al descubierto todo el juego.

Hilferding es un hombre cuya hostilidad extrema es notoria hacia el país que ha realizado el Socialismo. A tiempo que los gobiernos de Inglaterra y de Francia, ante la presión de las amplias masas de sus países en favor de un fuerte frente de paz daban la impresión de estar dispuestos a contribuir a salvar la paz mediante un pacto con la U.R.S.S., Hilferding y sus amigos consideraron necesario demostrar su total hostilidad para la U.R.S.S. Hasta anunciaron la intensificación de su incitación antisoviética en caso de que se concluyera un pacto entre los gobiernos de Inglaterra y de Francia y la U.R.S.S. Sólo podía esperarse que, después de evitada la guerra entre los dos países más grandes de Europa como resultado de los pactos entre Alemania y la Unión Soviética, Hilferding y Compañía irían entonces a buscar en la misma Alemania, para reunirlos, a los elementos descontentos con la amistad germano-soviética. ¿Hacia quiénes se orientaba Hilferding mismo en esta búsqueda? Ante todo hacia los elementos capitalistas! Hilferding

asegura que la guerra entre Inglaterra y Francia y Alemania no se produjo por un conflicto de intereses capitalistas y que no solamente los capitalistas ingleses y franceses no son responsables de la guerra, sino que "la clase capitalista alemana no la quería tampoco". El necesita esta falsificación que da una bofetada a la verdad histórica, para el infame propósito de construir una comunidad de intereses entre los capitalistas de Inglaterra, Francia y Alemania a la cual deberían incorporarse los obreros, es decir, a la que deberían subordinarse. "No hay lucha de clases", decreta Hilferding con su antiguo aire de policía. Y por esa razón debería existir una "comunidad de intereses" del Occidente basada en la paz civil, que debe ser dirigida contra el Oriente. A sueldo del imperialismo anglo-francés, Hilferding, que no hace mucho preguntaba desesperadamente si no había algún medio de presionar al actual régimen alemán para forzarlo a un conflicto militar con la U.R.S.S., como un agente que traiciona a su pueblo y a su país, está buscando ahora en Alemania capitalistas que se dejen convencer de las ventajas ofrecidas por una existencia de vasallos a la sombra de Inglaterra. De este modo, bajo las nuevas condiciones de la guerra y por mandato directo del imperialismo inglés, Hilferding y sus amigos políticos están continuando la lucha que han estado sosteniendo durante años. Porque toda su "lucha contra el hitlerismo" consistía en mantener relaciones con ciertos grupos capitalistas, con reaccionarios clericales y con miembros reaccionarios de la burocracia y del cuerpo de oficiales, de modo que después de la esperada resurrección pudieran ser instalados como expertos experimentados con coaliciones para la represión de la clase obrera. La "lucha contra el hitlerismo" de Hilferding, Stampfers y Geyers era principalmente una lucha en defensa de los privilegios de los capitalistas, pero no era una lucha por los intereses de los trabajadores. Stampfers acuñó la frase sobre los "orgullosos industriales renanos", con la cual se hace mención a aquellos círculos patronales que podrían decidir algún día de un cambio de régimen en Alemania. Y Stampfers e Hilferding defendían a estos "orgullosos industriales renanos" contra los sostenedores plebeyos del nacional-socialismo, y creyeron necesario prevenir a los capitalistas contra sus demandas anticapitalistas crecientemente insistentes. Ahora Hilferding y Compañía están jugando a la carta antisoviética.

El imperialismo inglés por lo tanto, los agarra y los usa —sin importarle el hecho de que ellos estén desacreditados en Alemania— como factores de rompimiento, porque los planes de los imperialistas anglo-franceses de supremacía en Europa tienen poca perspectiva de realización si ellos no logran destruir la amistad germano-soviética.

Hilferding y Compañía son instrumentos para desorientar las filas de los trabajadores en nombre de los círculos capitalistas reac-

cionarios de Alemania que están listos para traicionar a su propio país con el imperialismo inglés a fin de salvar sus privilegios y beneficios, y que para este propósito arriesgan inescrupulosamente la sangre de su propio pueblo en servicio de los planes imperialistas de intervención contra el País del Socialismo.

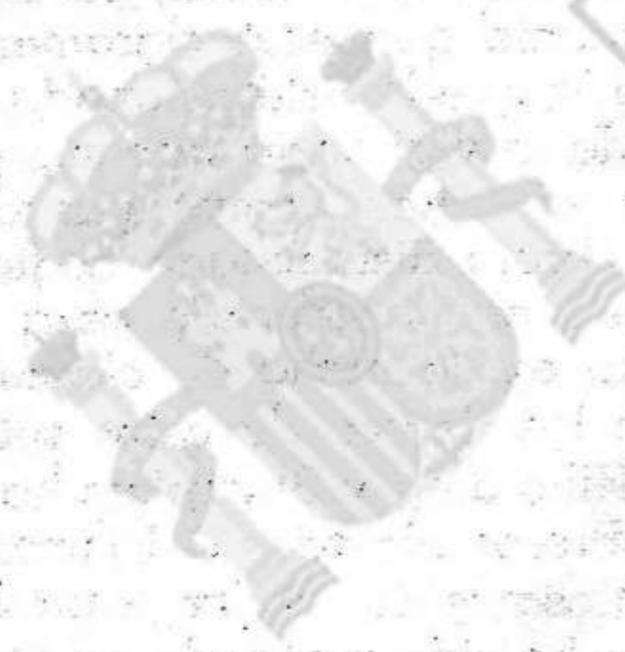
Por lo tanto, si los antiguos líderes de la social-democracia alemana, que son traficantes de guerra pagados por el imperialismo inglés, quieren apelar a los trabajadores de otros países, ahora sobre la base de que esta vez, a diferencia de 1914, no han otorgado créditos de guerra a su propia burguesía y por ello merecen que se les tenga confianza, de la lectura de un solo número del **Neuer Vorwärts** resulta entonces claro que los escribas social-demócratas pagados por el imperialismo inglés, que esta vez están siendo sostenidos directamente con los fondos de éste, están recibiendo estos pagos por cuenta de aquellos círculos capitalistas reaccionarios a quienes Stampfers describió como los "orgullosos industriales renanos" y cuya actividad directa dentro de Alemania está considerando el imperialismo inglés.

En el mismo número de **Neuer Vorwärts** Stampfers alaba las notorias ventajas del capitalismo sobre el socialismo, y el editor socialdemócrata Robert Grotzsch, bien conocido a causa de sus antiguas historias sentimentales de alcoba, publica una historieta sobre el "hambriento millonario", aludiendo a Thyssen, reclamando simpatía para un millonario de Alemania que está claramente impedido de comer más mantequilla de la que le está asignada a causa del racionamiento de alimento y de la vigilancia que sus criados ejercen sobre él. Stampfers alaba el "buen tiempo pasado" del capitalismo liberal en que hasta un obrero disciplinado podía subsistir "abriendo una tienda". Todo esto es considerado para probar que, como escribía ya Hilferding, "no existe lucha de clases", particularmente en la imaginación y en los deseos de estos socialdemócratas propagandistas de guerra. Hilferding y Stampfers hacen un gran esfuerzo para mantener a los obreros alejados del marxismo a fin de persuadirlos a colaborar armoniosamente con los capitalistas y a fin de calumniar al Socialismo, que ha sido realizado en la URSS. De este modo, el plan que ellos están tratando de realizar por mandato del imperialismo inglés, se hace aun más claramente obvio. En relación con la guerra que Inglaterra y Francia están sosteniendo contra Alemania, ellos quieren impedir la destrucción de cualesquiera posiciones capitalistas de modo que, al contrario, por medio de la mentirosa demagogia "anti-hitlerista", las nuevas influencias capitalistas reaccionarias pueden tener efecto sobre los trabajadores de Alemania para que ésta, bajo el protectorado del imperialismo inglés, llegue a ser una fortaleza y un campo de operaciones contra la U. R. S. S. Mientras los trabajadores alemanes ven en la amistad germano-soviética la base para una paz efectiva y po-

nen todas sus esperanzas en profundizar esta amistad, los líderes social-demócratas reaccionarios buscan minar y destruir esta amistad. Creen poder ganar el favor y el apoyo de los elementos capitalistas reaccionarios mostrando que son enemigos firmes del país que ha realizado el Socialismo y defendiendo la santidad de los privilegios capitalistas.

Así, el examen de un número de **Neuer Vorwärts** evidencia que los líderes social-demócratas reaccionarios que medran en las huestes armadas del imperialismo inglés como ejemplos y predicadores de la "cruzada contra el hitlerismo", hacen esto precisamente en interés y a sueldo de tales círculos reaccionarios de la burguesía alemana como aquéllos que están relacionados con el imperialismo inglés y que quieren impedir que el pueblo trabajador alemán asegure finalmente una paz real mediante la amistad con la U.R.S.S.

MINISTERIO DE CULTURA



EDICIONES SOCIALES

MEXICO, D. F.

Obras de:

FEDERICO ENGELS

Del Socialismo Utópico al Socialismo Científico

Precio: \$ 0.40

V. I. LENIN

El Imperialismo, Fase Superior del Capitalismo

Precio \$ 1.00

Marx y el Marxismo

Precio: \$ 0.50

El Socialismo y la Guerra

Precio: \$ 0.30

¿Se Sostendrán los Bolcheviques en el Poder?

Precio: \$ 0.30

La Revolución de 1905

Precio: \$ 0.20

La Emancipación de la Mujer

Precio: \$ 0.40

Sobre la Cooperación

Precio: \$ 0.20

JOSE STALIN

El Marxismo y el Problema Nacional

Precio: \$ 0.50

Fundamentos del Leninismo

Precio: \$ 0.50

En torno a los problemas del Leninismo

Precio: \$ 0.40

Cómo Liquidar al Trotskismo

Precio: \$ 0.30

En prensa: ¿QUE HACER? - V. I. Lenin

Distribuidores Exclusivos:

EDITORIAL POPULAR

Apartado 2352.

México, D. F.

INSTITUTO MARX - ENGELS - LENIN JOSE STALIN

60º ANIVERSARIO DE SU NACIMIENTO

Una interesante publicación sobre el gran líder del proletariado mundial, realizador del socialismo en la sexta parte de la tierra, al frente del Partido de Lenin: el Partido Bolchevique de la Unión Soviética.

El Instituto "Marx-Engels-Lenin", de Moscú, ha logrado en este volumen sintetizar la múltiple actividad del genial continuador de Lenin. Contiene trece (13) ilustraciones sobre la vida de Stalin.

Precio: \$ 1.00

Pedidos a:

EDITORIAL POPULAR

Apartado 2352

México, D. F.

LA INTERNACIONAL COMUNISTA

R E V I S T A M E N S U A L

Precio de cada Ejemplar:

En México, 20 centavos

En los Estados Unidos y demás países, 0.10 dólar

Pedidos en México a: Editorial Popular, Apartado 2352, México, D. F.

--- Chile a: D.I.A.P.—Distribuidora Ibero-Americana de Publicaciones.—Moneda 702.—Casilla 13.201.—Santiago, Chile.

--- Cuba a: Editorial Páginas, Apdo 2213, La Habana, Cuba.

--- los Estados Unidos a: Workers Library Publishers, 39 East 12th Street, Nueva York, U.S.A.

--- Uruguay a: Distribuidora de Publicaciones.—Eduardo Acevedo 1450.—Montevideo, Uruguay.